

A la Srita.
Angelita Alzola
En recuerdo &
Gratitud al Auto

PROSAS DE UN ENSAYISTA

ESTAMPAS

de Teruel y SEGORBE

UN OBISPO CANARIO

por Pbro. DIAZ QUEVEDO

Ilustraciones Musicales de Power, Chopin y Litz

Media Hora por RADIO-LAS PALMAS

A MANUEL AZNAR, amigo y escritor, en Madrid

EL LIBRO DE LOS POETAS

Pbro. DIAZ QUEVEDO



ANTOLOGÍA UNIVERSAL dedicada a Dickens, Legouvé y Zorrilla, presentada en «Ateneo de Madrid» por RAMIRO DE MAEZTU.

Blanco y Negro, A B C, España y América, Libertad, Informaciones, publican fotografías del autor. El Sol, Debate, Heraldo, Nación, Imparcial, Liberal, dispensan al libro la mejor acogida.

A B C

El Sr. Quevedo, sacerdote que consagra a las Letras toda atención, publica con ponderado juicio, una Antología de poetas mundiales. Interesantes críticas, revela al escritor de limpia prosa y madurado criterio.

LA LIBERTAD

Llega acaso la más amplia Antología, desde los oedos de la antigüedad. El autor recoge las más bellas páginas de los cantores de la Humanidad, haciendo libro importantísimo, útil y recreativo.

ESPAÑA Y AMÉRICA

Creíamos que D. Quevedo editaba su Antología con propósito evangélico de multiplicar los panes. Sin eludir ésto, la dirige al Arte de la Lectura: Leer, es interesar. Ese libro hacía falta en España.

LA VOZ

Sale a luz con oportunidad evidente, cuando Berta Singerman viene a reavivar una ficción há tiempo adormecida.

LA PRENSA (Bs. As.)

Obra de benedictino «El Libro de los Poetas», la más bella Antología Universal que se conoce. No dudamos de la labor del ilustre antologista, llamada a influenciar en los países hispano americanos. Este gran virtuoso de la lírica mundial hace obra de artista, de poeta, escritor y crítico destacado.

MILFORD TIMES (Wgton)

Con gran atención he leído el «Pórtico» enriqueciendo, con su vocabulario y pulimentadas frases, mi pequeño caudal léxico del simplista lenguaje periodístico. Un poco más deprisa he leído el «Paraninfo» admirando la belleza de su rima como si oye se un ruiseñor en la oscuridad, o las palabras accidentales que sugieren imágenes repentinas como viejo arcón que surge de las sombras y

oculta y más tarde muestra su fastuosa antigüedad: palabras, o mejor, acordes, choques brillantísimos de notas musicales, que en rima argentina, en frases multicolores, son tan espléndidos como una tónica medioeval.

Nuestros edificios intelectuales, aquí en América, sobresalen del terreno. Pero no se pierden en las nubes. Se escalan su propia cima, antes de que la atmósfera se enrarezca. El día, que empezó apacible, ahora se ha puesto triste y está lloviendo. El verde claro de los manzanos en flor contrasta con el gris del cielo. ¡Pero Mayo ha llegado! Ustedes, españoles, con poco territorio que mostrar para la sangre que han perdido, tienen altura y profundidad de recursos intelectuales, tanto en los tiempos pasados como en los presentes.

Que los «perfumes delicados de místicas violetas», lleven a usted un recuerdo en un pequeño país, del verdadero goce que su libro ha proporcionado a quien ha escuchado el vendaval del invierno y ha caminado sobre las nieves de Enero y Febrero por las colinas de la montuosa América.

G. W. M.

AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS

AL Pbro. DIAZ QUEVEDO.

La C. Pnte. acordó adquirir su valiosísima obra «El Libro de los Poetas» tan aplaudida por la prensa y la crítica, elogiando su alta personalidad literaria, su amplia cultura y su prestigio como sacerdote y ciudadano.

Y este Alcalde, al recibir su inestimable obsequio, ha recibido una de sus mayores satisfacciones. Porque, son los patriotas de ilustración, los llamados a mitigar lo que se conoce por Vida Pública, con la galantería y discreción con que Vd. lo ha hecho.

Por ello, mi eterno agradecimiento.

FEDERICO LEON.

3 Octubre, 1925.

PROSAS DE UN ENSAYISTA

ESTAMPAS

de Teruel y SEGORBE

UN OBISPO CANARIO

por Pbro. DIAZ QUEVEDO

RADIADO LA VISPERA DEL ANIVERSARIO DEL MOVIMIENTO.
A PETICION: — DIA DE SANTIAGO, SEGUNDA LECTURA.

OBISPADO DE CANARIAS

Vicaría General, Las Palmas, 21 Agosto, 1940

IMPRIMATUR

Dr. THOMAS VENTURA, Vicarius Generalis

HACE DE PROLOGO

Señores RADIOYENTES:

A modo de Preámbulo, permitidnos un minuto de conversación. Estas "Estampas de Teruel y SEGORBE", en principio, fueron escritas para "FALANGE". Pero, dado el carácter religioso y patriótico del trabajo, los amigos juzgaron: que, para mayor propaganda patria y católica, debía radiarse. Y así nos convencieron. Estaba ya radiado la Víspera del Aniversario del Movimiento y, tuvo una aceptación, tuvo un éxito—por nuestra parte—sumamente inmerecido: Fueron los asuntos, literario y músico, los que se impusieron.

Y lo dimos a las cajas de imprenta. Compuesto el primer artículo, los amigos reaccionan aún en forma más ineludible. Por inseguridad en el día y la hora, o por falta de anuncio, la mayoría de los radioyentes se habían privado de escucharla y, deseaban a todo trance, que se radiara de nuevo. Basados en la teoría de que era una **página escrita** (y no, una improvisación) razonaban: "Toda página escrita, musical o literaria, que tiene aceptación, puede y debe repetirse: como sucede con una ópera, un drama, una sinfonía, una romanza, un discurso académico, unos versos, un disco y hasta una película. ¿Por qué no? Una partitura, o un libreto, no son cosa de una vez, porque no imprimen carácter"...

Y aquí está la Segunda Lectura de "UN OBISPO CANARIO". Si, por gracia de Dios, hoy—como el otro día—en este silencio religioso y artístico de la cabina de la Radio, solos ante el micrófono, y solos ante nuestro público invisible; siguiendo respetuosamente (sin escuelas extranjeras) las huellas de los maestros de la Declamación Española, D. José Zorrilla y D. Rafael Calvo, los dos mejores Lectores de España; si conseguimos dar el mismo relieve, el mismo colorido y emoción, sintonizados anteriormente... entonces nosotros—de antemano—declinamos el homenaje hacia el Obispo muerto. Y también: hacia el Obispo, todo caridad y arte (decir "vasco" es decir "músico") que le ha sucedido:—"anima mussicale—como nos autografió otro vasco—che sa gustare la bellezza del Arte". Ya no se publicará en el periódico. Con otros trabajos de idéntico espíritu, haremos un Folleto. Y si todavía hay páginas, en homenaje a escritores canarios muertos, reproduciremos artículos suyos, consagrados, que leerán con placer los canarios vivos. Y el rendimiento, lo ingresaremos en el "BANCO DE LOS POBRES" del Sr. Obispo.

¡Oh, poder de Marconi! —¿Se enteran los señores Radioyentes?... Llamamos a las puertas de su caridad. Por el Pan de los Pobres, esperamos de su generosidad. (No son nuestros radioescuchas, como aquel rabino podrido de lepra, aquel célebre calculista judío: —la cabeza, llena de números; el corazón, vacío de caridad). Y entonces, si que ésta sería la mejor "página escrita" que pudiéramos leer: —la página escrita de vuestra misericordia... Y no ceso de admirar a Marconi. ¿Se entera Gran Canaria? ¿Se enteran las Islas hermanas, Lanzarote (con su premio "gordo") y Fuerteventura? ¿Se entera el Archipiélago? ¿Nos escucha, como el otro día, desde su Palacio de la Plaza de Santa Ana, Nuestro Excmo. Obispo, Monseñor Pildain?... Creemos que sí... ¡Pues, "¡Palabra de Sacerdote"!...

Espanoles, que nos escucháis: Empiezan los "Cantos Canarios", de Power. Hora es ya de ambientarnos con la música y de ponernos en situación, todos: el lector, y los oyentes. Hasta ahora!...

Lcdo. DIAZ QUEVEDO.

Día de SANTIAGO, 1940.

ESTAMPAS

de Teruel y SEGORBE

UN OBISPO CANARIO

por Pbro. DIAZ QUEVEDO



(Empiezan los «Cantos Canarios», de Power).

Estamos en plena guerra europea, que absorbe la atención de los lectores. Sin embargo; los buenos canarios debemos abrir un paréntesis... Acabamos de visitar SEGORBE. Días antes, una excursión radial Zaragoza-Belchite; días después, otra excursión radial Zaragoza-Sagunto. Hemos revisto Alhama de Aragón, por admirar sus frutales ubérrimos y contemplar sus fontanas y sus termas, rumbo al Monasterio de Piedra, eternamente sinfónico con música de cascadas y de surtidores.

Retrocedemos a Calatayud, para enlazar con el tren que nos lleva a TERUEL. ¡Suspiramos por la Plaza del Torico! Hemos subido la famosa Escalinata que al primer rellano, sorprende al viajero con la fantasía de un magnífico alto - relieve sobre Sus Amantes y, a nuestras espaldas, se descorre la campiña y la sierra con la sangrienta colina denominada La Muela: hermosa de paisaje serrano, partido en dos por un valle, sobre el que cabalga a horcajadas, el gigantesco Viaducto por donde escaparon los rojos. ¿Conocéis Teruel?... Es un grito, un desafío; como un puñal, en forma de abanico, abierto en lo alto. Es otro Toledo: una ciudad sobre una montaña, una península clavada en el cielo. Nieve y ventarros, dos moles incontestables antes de la aviación.

Miramos ahora de frente: Sobre nuestras cabezas se desprende... ¡un nido de águilas! Es Teruel, la ciudad cumbre, la ciudad cimera, que nos reta como una amenaza. A derechas, todo un siniestro: la Plaza siniestrada de Obras Públicas, Casa-Gobierno, Banco de España e Hispano Americano! A izquierdas, en

cantil, algo macabro: el esqueleto... de un muerto.... ¡con los brazos abiertos!... que todavía vive sobre un mar de ruinas: ¡El Seminario, como el Alcázar, otra obra maestra de los dinamiteros! Pero —a diferencia del Carlos V. del Alcázar— el Corazón de Jesús, en medio del patio, (sublime elocuencia) mudo, impertérrito, intacto, e intangible, como un Divino Poema, o como una Oración!... “¡Padre Nuestro, que estás en los Cielos!”...

Y nos adentramos por los porches de la Plaza del Torico. Nos situamos al filo de la encrucijada legendaria de Marsilla e Isabel de Segura: los dos Amantes de Teruel. Y estamos a la perspectiva de la Catedral y de la Torre inclinada de San Martín, minarete mudéjar de Mezquita, rival de la Giralda: Ella y él, la misma herida perpetrada a zarpazos. ¡Todo es espantable! (Como que en Teruel fijó su morada el “Parapeto del Espanto”) ¡Teruel es un diluvio de escombros! Aunque no tanto como Belchite, Teruel es otra escombrera!... En esta escombrera, un cantollanista de Segorbe, nos dió las primeras noticias del martirio, salvaje, e inmoral, de su Obispo D. Miguel Serra, que antes lo fué de Canarias. Y nos dirigimos a Segorbe.

¡Adiós, TERUEL! De tu santa memoria, me llevo en mi pecho ¡la estatua del patio de tu Seminario, la del Invicto CORAZON DE JESUS, como un Divino Poema, o como una Oración!... “¡Padre Nuestro, que estás en los Cielos!”...

LECTOR: Y no como Cristo en Jerusalén. Mañana, entramos en SEGORBE.

(Terminan los «Cantos Canarios».)

UN OBISPO CANARIO

--(2)---

Lector: Entramos en SEGORBE. Hemos visto (Roma o Jerusalén) los Clavos de Cristo y, nos acordamos de las tres cruces del Monte Calvario. ¡Cristo entre dos ladrones! De una de las cruces, ha brotado una Súplica: "Señor. Acordáos de mí, cuando entres en tu reino". De la Cruz Central, brota la Respuesta: "Hoy, estarás conmigo en el Paraíso".

Nos hallamos al pie de la Escalinata, en la estación de Teruel. Vamos en marcha. Dejamos atrás cierzo y ventisca y, entramos en la zona templada de Levante. Dos horas de ruta. Bajamos al andén. A coche de mulas, ensortijadas de campanillas y cascabeles, salvamos la pendiente asfaltada, arbolada, que nos arremete en Segorbe, parecido a Teror (¿nos oye Teror?) y su catedral, a Nuestra Señora del Pino. Habíamos visitado en Tarragona al Sr. Serra, todavía canónigo, y al despedirse en Las Palmas para Segorbe, nos dijo reiteradamente: "Le esperamos en Segorbe". Se lo prometimos. Y hemos cumplido la palabra, vivo, o muerto...

Encontramos ¡muerto! al Obispo Canario de Segorbe. Pero ¡qué ruerte! Y ¡qué post-muerte! Contemplamos, acribillados a obuses, su Palacio; su Catedral: ambos, comunicados como el "Puente de los Suspiros" de Venecia y la Catedral de Toledo. Su Seminario, con su iglesia de cruz latina y su cúpula similar al nuestro; con su huerta asombrada de naranjos, de granados y de nísperos, uno de los mejores de España. Vimos la celda de su Cárcel, donde había dormido sobre un jergón a ras del suelo, como un delincuente vulgar. Visitamos su Cementerio (como el de Tegueste: "cuatro muros y un ciprés"...) y depositamos sobre su tumba, las flores... de unos responsos... bañados en lágrimas!...

Un día (escucha, lector, una turba de foragidos, que se nombraba "La Desesperada" se apodera de su palacio y arrebatan al Obispo. El Obispo, aterrorizado, les dice: "¡Por Dios! Pero, qué delito he hecho yo? Si estoy acabado de llegar y no he tenido tiempo de hacer, ni bien, ni mal? De-

jadme, al menos, telegrafiar a..." Y por toda respuesta, lo zampan en una camioneta y, a la cárcel. A pocos días, otra camioneta y, a Vall de Uxó. Era el anochecer. Al primer despojado, primer desenfardo: lo insultan, lo maniatan, lo zarandean, lo aporrean y... le descerrajan un tiro en la nuca, arrumbándolo al suelo encharcado de sangre!... ¿Acabaron los tártaros? Pero ¡no! Todavía muerto (no sirven eufemismos) pisotean su cadáver, le zamarrean y, le ultrajan... como obispo... y como hombre. ¡Entonces... enarbolaron un trofeo! Y un algarrobo cercano... atestiguó el salvajismo. (¡Con literatura! ¡Pero literalmente!..)

LECTOR: Un solo comentario: (¿Nos está escuchando por la Radio el dignísimo Sr. Gobernador Civil, militar honorable y discretísimo? ¿Y el Excmo. General de esta Plaza, Sr. Rozas, peninsular y canario por adopción? ¿Nos está escuchando desde Tenerife, el muy insigne Gobernador Militar del Archipiélago, el brillantísimo, denodado General, Sr. Serrador: aquel valiente, león, español, del Alto de los Leones de Castilla?) —Pues bien—. Visitamos casi todos los frentes. Y los campos de las tres más grandes batallas: Brunete, Teruel, El Ebro. Y las tres más grandes ciudades liberadas: Madrid, Barcelona, Valencia. Y departimos con viejos y jóvenes, mujeres y niños, labriegos y rentistas, capitalistas y obreros. Y podemos decir: (en Canarias no conocimos la guerra, sino por el periódico la "leímos", no la presenciamos). Un republicano de cepa, moderado y canario, que vivió Barcelona en el período rojo, ha contado: "La república no estuvo casi nunca en manos de republicanos. ¿Creen ustedes que si triunfan los rojos (salvábamos de la muerte, frailes y monjas) a estas horas, estaríamos vivos para contarlos?... Y podemos añadir: no Mella, ni Maura; pero Pi Margall (tres austeros de distinta ideología). Si el republicano histórico (no de la víspera, ni del día siguiente) resucita: y vé, y oye, lo que nosotros vimos y oímos (lo del Obispo es un botón de muestra), se trans-

forma... ¡en fascista, pero cien por cien! Se puede, como Segismundo, ser un "hombre de las fieras"; pero no, una "fiera de los hombres"... Y el veneno del terrorismo; y el veneno del anarquismo, no conocen otro antídoto. Y este fué el caso de Mussolini, de Hitler, de Oliveira Salázar, y —¡sin patrioterías, pero con patriotismo!— y, para orgullo nuestro, de Franco, nuestro glorioso Caudillo! "Gimiendo y llorando en aquel valle de lágrimas", una anciana superviviente nos lo dijo en Belchite: "Después de

DIOS... FRANCO, FRANCO, FRANCO!..."

Vamos a dejar Segorbe, por Sagunto. Ayer, como hoy, (chusma y cochambre): "Crucificalle", "Crucificalle", gritó la chusma al Procurador de Roma. Y Pilato... se lavó las manos... "Crucificalle", "Crucificalle", ha gritado hoy (chusma y cochambre) el sadismo de Moscú. Y Cristo ordena al Obispo: "Hoy, estarás conmigo en el Paraíso!..."

(Suena «Marcha fúnebre», de Chopin).

UN OBISPO CANARIO

---(3)---

¡POBRE OBISPO CANARIO! Era de natural bueno, aunque tardó en darse, como suelen ser los catalanes. Era reposado, metódico y de una sola pieza. Sin revés ni derecho, como era nuestro Roca, insigne Magistrado de Sevilla, también catalán: afable, cristiano y cordialísimo. Alguien ha dicho que el pobre Obispo ha pasado a la posteridad con la aureola del Sr. Pozuelo y, es una injusticia. Tendrían sus coincidencias. Pero el Sr. Pozuelo, si no constructivo, era activo, dinámico, férreo, medieval. Y el Sr. Serra era pasivo, enfermo, abúlico, neurótico; pero de una gratitud, de una hombría de bien y una noblotería muy de español.

En Canarias—es cierto—los obispos más populares de estos últimos tiempos, se llamaron: Urquinaona, Cueto, Pérez Muñoz. Pero la impopularidad del Sr. Pozuelo, estribada en el aislamiento, no alcanza ni con mucho al Sr. Serra. Si vivieran Inza Morales, López Martín, Jiménez Quintana, Vega Lorenzo, Rodríguez Álvarez, Hernández González, lumberas casi todos del clero canario, nos darían la razón. El mismo Pérez Muñoz retratando a Pozuelo y a Cueto, uno tan fuerte, otro tan suave, dijo: "Ni tanto, ni tan poco. De los dos, saldría un gran obispo. Por cierto; en Coria hubo un misántropo, que se creía irreductible, y se dejaba gobernar: "reinaba, pero no gobernaba". Y nosotros, antaño, remembramos las Meninas de Felipe IV; y "Raquel", personaje bíblico muy representativo.

Porque los hombres aislados, (y re-

fundimos palabras de otro obispo canario) no se asoman al mundo, más que por las ventanas de su propia casa. Y: o no lo conocen; o lo conocen recordadamente. No conocen la realidad, porque no la palpan; no miden el terreno con sus propios pies, no se ambientan, no conviven, no pulsan la opinión general y nunca llegan a formar juicio integral de las cosas. Y es que ven sólo por los ojos "ajenos" de tres limitados y no por los "suyos propios". Y así se hacen víctimas de su carácter, como ocurrió al Prefecto Isabelino de Jaca, víctima de un solapado, un soplón o un contrahecho, que no sólo impopularizó al Prefecto, sino—lo que fué aún peor—se comprometió a sí mismo, recayendo sobre él una severa sanción, de carácter especialísimo. Y entonces lamentó el Prefecto: "¡Cosa esporádica! Nunca falta (ni malas palabras, ni buenas obras) el "hombre bueno" de segundas intenciones, que sabe ahorrarse, suavemente, y le llena su casa de obsequios con el fin de aprisionarle, obligarle, y sobornarle, sin que nadie se percate. Porque el contrahecho físico, señalado por las manos de la naturaleza, es semejante al contrahecho moral. Y la verdad: En Jaca no hay malhechores; pero sí, secuestradores de la voluntad del Prefecto".

¡ADIOS SEGORBE!... Por dicha del Cielo, hemos celebrado misa sobre el "Santo Sepulcro" del Monte Calvario, a dos pasos de la hendidura de la Cruz de Cristo. Y bien. Tu visión no nos despierta la visión del

Alcázar, ni el Seminario de Teruel, ni la Universitaria, ni la Casa de Velázquez, ni la visión de Belchite. (También las ruinas saben ser bellas, con la belleza oblicua o vertical del Parthenón y el Coliseo; en contra de la horizontal o rasa del Areópago y la Vía Apia). Pero, ¡oh, Segorbe! Pero (¡oh, edad de Cristo!) nos suscita el Gólgota o el Monte Calvario, (atención señores sacerdotes) con tus "Treinta y Tres Cruces de Muerto" de tus TREINTA Y TRES SACERDOTES MARTIRES, sacrificados por Dios y por la Patria!... ¡Santo Mártir Canario! Escucha: Como el Bautista, la "voz"... la caña agitada por el viento", tú has sido canonizado... por "El que clama en el Desierto"... Y, como Cristo, al aproximarse, lloró sobre Jerusalén; nosotros, al alejarnos, lloramos sobre SEGORBE!...

Media Hora por RADIO-LAS PALMAS

A MANUEL AZNAR, amigo y escritor, en Madrid.

JUICIO de un Pensador

(Sobre este TRIPTICO, hemos recibido juicios tan laudatorios como inmerecidos. Publicamos éste, que los compendia todos.)

Ldo. Sr. D. Juan DIAZ QUEVEDO

Pinta usted sin pinceles, Amigo Don Juan. Por eso, su pintura es sinfónica:—palabra y color.—Y no pasa V. sin embargo, la raya de lo que Cervántes llamaba «discreción», y la Reina Isabel «buen gusto». Es V. un escritor discreto.—Y para que no falte nada, no le falta la Nota Reflexiva, tan oportuna, tan discreta.

Pero es V. también escritor y lector de gran emoción. Me conmovió usted: yo que tan pocas veces me conmuevo. Me conmovió con toda verdad y con todo arte. La escena de la pasión y muerte del pobre Obispo, de un patetismo extraordinario, fué casi irresistible para mi temperamento; pero irresistible para mi madre y para toda mujer. Donde hay sensibilidad, ese cuadro—de tan fuerte dramatismo—engendra lágrimas, que son los mejores aplausos... Y

COLOFON.—Nos acordamos de dos amigos muertos y de dos canarios. Quisiéramos ser TOMAS o NESTOR (ojos de poeta, o de pintor) para brindar a Manuel Aznar, gran impresionista y mejor amigo, este TRIPTICO de nuestra pasada desventura, para su libro importantísimo "Historia Militar de la Guerra de España". Y si viviera (le estamos contemplando en nuestra foto) Gabriel Miró, otro excelente amigo y más valioso literato, novelador y preciosista, le ofrendaríamos este a modo de boceto, a modo de aguafuerte, o de acuarela, miniada y policromada en Canarias, para su obra exquisita, sublime, casi divina: "Figuras de la Pasión".

(Ejecutan «Rapsodia Húngara n.º 2», de Litz).

difícil elegir, entre las tres, la página más literaria. ¿Fue la primera? ¿La tercera?

¡Lástima, que nuestra Emisora no alcance mayor radiol! Debió radiarse a Manuel Aznar, en Madrid. En su espíritu de escritor, de hablista, de cristiano y español, hubiera impresionado grandemente. Debió haber llegado de viva voz a Barcelona, Valencia, Zaragoza, Teruel, al mismo Segorbe... Hubiera destacado aún con mayor relieve, por hallarse más cerca de la tragedia. Muy bien trazado, escrito y pronunciado. Muy bien ambientado y cronometrado.—Además; como hay caras fotogénicas, hay voces microfónicas. Y una es la suya.—Ilegaba clara, limpia, vocalizada, timbrado y al natural, como si no hablara al través de la mecánica del micrófono. Son las sensaciones que recojo, en Las Palmas como en el exterior.—Aunque no hubiera V. escrito otra cosa, esas cuartillas recompensan el viaje.

Y nada más. Sino un encendido abrazo al AMIGO, al ESCRITOR y al LECTOR.

X. X.

Ldo. en FILOSOFIA Y LETRAS

ROSARIO DE ROSAS

Oyendo al Padre Sordo

Estamos en la Catedral, invadida, apretada de muchedumbre hasta donde lo permite su acústica, agrandada hoy con el sabio tornavoz que se ha colocado en el púlpito: Un auditorio prestigioso, inteligente y mariano, que oscila entre dos o tres mil personas.

Desde los tiempos del célebre P. Carrasco, ningún orador sagrado ha llevado tanta gente a la Catedral, en oraciones consecutivas. Deben estar satisfechos los cinco poetas autores de la idea o de la obra: la poetisa, sensible, cerebral y femenina, Ignacia de Lara, Luis Doreste, Giar. Y también el gran Obispo Pildain. Y también el P. Sordo. Sin olvidar el concurso de los Rectores de las Siervas de María y de Santo Domingo.

El P. Sordo, discípulo del gran Cardona—Obispo de Sión—y, como Cardona, hombre de gran madera y temperamento oratorio; de orientación moderna y amplia cultura, social y religiosa; de máxima emoción y expresión literaria y mímica, con buen dominio de la inteligencia y del corazón, de la palabra y del gesto; alma de poeta y lo que se llama todo un artista de la palabra, atrae, subyuga, electriza, escalofría y arrastra y sabe hacer el silencio, como lo supieron hacer los grandes adalides del púlpito, de la asamblea y la tribuna. Como hoy lo hacen, pero no citar otros, Rutten y Janvier; como lo hace—es el secreto de los directores de multitudes—Hitler y,—sobre todo—Mussolini...

Hasta fines del siglo pasado fué la cuestión religiosa el tema casi exclusivo de la predicación. Era el signo de la época y hasta las mujeres estudiaban y sabían de teología. De aquí, la oratoria grandiosa del genio de Bossuet, el Águila de Meaux; de aquí, Massillon, Bourdaloue, el P. Félix, el propio Monsabré. — De aquí, su influencia en España: los Manterola, Monescillo, Cámara, Arbolí, Sanz Forés, Jardiel. La Religión era el asunto de la paz y de la guerra. Y así, la preocupación religiosa engendró la cuestión religiosa y la guerra religiosa.

Pero más tarde, fué la preocupación social y vino a convertirse en la cuestión social y en la guerra social. De aquí, nació la predicación social y religiosa, llevada primero al ateneo y más tarde al templo. Fueron los tiempos del gran León XIII, cuando es-

cribió su inmortal encíclica "Rerum Novarum". Y esto produjo, en París, a Lacordaire; en Roma, al P. Ventura; en Bruselas, al Padre Van-Tricht... Un día visitábamos la Acrópolis de Atenas y el cicerone, en perfecto italiano, nos dijo señalando unas ruinas: "Aquí fué el Areópago. Aquí predicó S. Pablo "quello del nostro Dio ignoto".—Nos dijimos: S. Pablo se adelantó a su época. El poder de la palabra más grande, después de Cristo, buscaba al pueblo donde se encontraba el pueblo.

En Las Palmas también la oratoria de Bossuet tuvo notables paladines. Y fueron los Urquinaona, Torres Daza, Roca Ponsa, Matanala. De aquí sus mejores discípulos: Rodríguez Bolaños, Vega Lorenzo, Artilles Rodríguez, González Marrero. Hubo otra característica castelariana con Crespo Peñalver. Y de aquí, López Martín, Padrón de la Torre, los señores Feo, Azofra, Marrero, Suárez Miranda, etc.

La última fase de la predicación en España culminó con Cardona-Obispo de Sión, Calpena, González Reyes, el P. Zacarías, el Padre Torres. En la América española, con Monseñor Jara, el gran predicador chileno. En Las Palmas, como discípulos del P. Van Tricht, cada uno con su diferente modalidad, hemos escuchado a Carrasco, Angel Ortega, Rosés, Laburu, Sordo, Obispos Albino y Pildain, Alcorta, Uranga. Ye de ahí, las huellas que se notan en el Magistral de Tenerife y en García Ortega, hijos de esta tierra. (Escribimos con premura y sucintamente.) De todos estos, es sin duda el P. Sordo el discípulo más auténtico de Van Tricht y el que más se parece al Obispo Cardona, su predicador predilecto, sobre todo en las transiciones, en saber terminar a tiempo, ni antes, ni después.

ENVIO: Hermano Redentorista: Un pensamiento escriturario: "La voz de la tórtola se ha dejado oír". y las flores aparecieron en tierra nuestra". La Catedral de Las Palmas con la Virgen del Rosario y Santa Teresita ha sido, en estas noches de rogativa, como un Rosario de Rosas, como una "Rosa plantada sobre el nivel de las aguas", "rebrotaba, la Catedral, en las flores de los rosales"... Tenían que ser cinco poetas los or-

ganizadores de esta sublime, divina poesía: la poesía de Lisieux y la poesía del Gave que embellece a Lourdes!...

Hermano Redentorista: En estos días, la palabra de Franco—hecha pan—ha caído sobre la España irredenta. “Ningún hogar sin lum-

bre; ninguna mesa sin pan”. Tu palabra, hecha Verdad, ha caído sobre los corazones canarios como una lluvia de rosas, las rosas deshojadas de la divina, de la pequeña, y grande, y divina, poetisa de Lisieux.

(De “Acción”, 1938.)

El Milagro de “EL DIVINO IMPACIENTE”

Nos informan que el “Cuadro Atenas” se desplazará en breve por los teatros de Tenerife y La Palma, a fin de dar a conocer en aquellos públicos la obra de Pemán tantas veces divina.

Nos parece muy bien. Y aún mejor, si pudieran saltar a la Península. Los teatros de Cádiz, Sevilla, Burgos, Valladolid, San Sebastián y, en fin, toda la España redimida la acogería con profundo éxito. Estamos seguros. Y además, lo agradecería el Arte, la Religión y la Patria.

Todos los amateurs, todos los castizos, los clásicos amateurs del Arte del Teatro, de los grandes tiempos del arte del Teatro Español resurgirían en este resurgimiento glorioso de nuestra España. Porque España—no quepa duda—volverá a surgir. Y España volverá a ser España en todos los órdenes. También estamos seguros.

No estamos acabados de nacer. Contamos algunos años de experiencia en estas lides artísticas y honradamente podemos sintetizar en tres palabras: que la obra nos ha parecido muy bien decorada, muy bien vestida, y bastante bien representada. Los que conocen las compañías teatrales de provincia saben que todas están formadas a base de una o de dos figuras. Y en el “Cuadro Atenas” no sólo hay figuras, sino lo que más vale, hay prestigioso conjunto. Salvo algunos papeles de quinto orden, las figuras centrales son verdaderos actores.

Alguien que conoce a Miguel Muñoz y Ricardo Calvo, los dos principales intérpretes de la obra de Pemán, nos ha dicho técnicamente: —Puede V. asegurar: Miguel Muñoz discípulo del gran don Pedro Delgado (el mejor recitador del Tenorio) y Ricardo Calvo, familiar inmediato del insuperable Rafael Calvo, han sido dos grandes recitadores, pero nunca fueron tan buenos actores. Por eso, parodiando la célebre frase de un crítico teatral comparando a Calvo con Vico, que decía: “A Calvo, hay que oírlo; a Vico, hay que verlo”, Enrique Borrás dijo: “A Ricardo Calvo, hay que oírlo. Pero hay que cerrar los ojos para no verlo”.—Esto no puede decirse de Suárez León. A Suárez León

hay que oírlo, pero sobre todo, verlo. Con ser tan buen recitador, acaso y sin acaso, está mejor como actor. Así, en las escenas brillantes de India y Japón nos recuerda a Echaide, a Morano, a Mendoza, a Thuillier, a Tallaví, a Perrin, a Borrás. Pulsa la cuerda de la comedia, del drama o de la tragedia, dentro de sus facultades, como la pulsaron nuestros grandes actores.

Y ahora. La magia del Arte, el prodigio del Arte lo hemos visto repetidas veces. Fué, entre otras, con la soberbia Capilla Sixtina de Roma, no en Roma donde la hemos oído ordinariamente, sino en Madrid en uno de sus más capaces teatros populares. La conocíamos en S. Jerónimo, en San Francisco el Grande, en el Teatro Real frente a los Reyes, frente al Obispo Melo y al gran Cardona, Obispo de Sión. — La música religiosa de Victoria, de Palestrina, de Perossi triunfaba rotundamente ante aquel público, que no sólo era músico sino también religioso. No era extraño, era su marco adecuado. Pero fué en la Zarzuela, ante un público popular, poco músico y poco o nada religioso. Y se abrió el prodigio, sin embargo. La música religiosa se adentró por los poros y llegó hasta el alma de aquellas masas y electrizó y triunfó en la más abigarrada de las concurrencias.

Algo de esto hemos querido ver ahora con la representación de “El Divino Impaciente”, en la península y en Canarias, ante un público popular, impreparado, casi neutro para estas grandes manifestaciones del Arte y del Evangelio: —en la península, en pleno Frente Popular; en la península y en Canarias, en pleno triunfo de películas, de boxeos, de revistas, de veaudevilles, de football y de galgos... ¿No es esto un milagro?...

Para todos, nuestra muy sincera enhorabuena como recitadores y como actores. Y un abrazo efusivo para Carlos Monzón, que si no se ha superado, se ha consolidado como un buen escenógrafo. Sus decoraciones no tienen nada que envidiar a las mejores de los mejores teatros. Y lo mismo, la indumentaria. Y el gran atrezzo, rico, propio y preponderante, como de coliseos mundiales.

No vamos a terminar sin subrayar y aplau-

dir la verdadera escuela española de declamación con que se ha interpretado—y tenía que ser así—esa obra más que española, españolaísima, de sabor tan clásico, de ambiente tan del Siglo de Oro, ese poema dramático, que lo hubiera suscrito Lope, Moreto, Tirso, acaso Calderón, tal vez Zorrilla, con un verbo actual, que todo eso es Pemán y la maravilla cumbre de Pemán "El Divino Impaciente". Además, en la escuela de declamación española lo declamaron Muñoz y

Calvo. Hubiera sido un anacronismo y un craso error haberlo declamado con declamación extranjera, estilo Santos Chocano o al estilo de la Singermann, tan conocidos en la península y tan difundidos por Canarias.

Van nueve representaciones de "El Divino Impaciente". Caso insólito, tratándose de teatro de verso. Repetimos que el "Cuadro Atenas" hace muy bien en ir a las islas y que haría mejor en saltar a la península. Lo agradecería el Arte, la Religión y la Patria.

El Milagro de "EL DIVINO IMPACIENTE"

UN JUEVES Y DOS POEMAS

No podemos empezar este artículo, sin dar las gracias unánimes a la más unánime de las acogidas con que se ha visto favorecido nuestro ensayo del domingo último por todos los sectores de la opinión. Y lo celebramos hondamente: por el «Cuadro Atenas», por el Ayuntamiento que lo patrocinó y sobre todo—por el glorioso Pemán, por el Arte, la Religión y la Patria, a quien lo dirigimos ayer y a quien hoy le brindamos el éxito.

Pero el hombre es hijo de las circunstancias. Y las circunstancias nos obligan ahora a otro ensayo. Fué nuestro pensamiento y quiso ser nuestro anterior artículo, (artículo temático y de tesis modesta besamentada sobre un plan dignamente impersonal)—que el Arte, como la Providencia, no obra milagros sin necesidad.

Así—decíamos—el público, músico y religioso, del Teatro Real de Madrid saboreaba, sin necesidad de milagro, la música religiosa de la Capilla Sixtina. Pero fué un milagro del Arte horadar los pechos y llegar hasta el corazón de las masas del teatro popular de la Zarzuela, público abigarrado, poco músico y poco o nada religioso. Y nos pareció otro milagro del Arte el de «El Divino Impaciente» al triunfar en la península en pleno Frente Popular; en la península y Canarias, ante un público desorbitado, descentrado, preparado para las grandes manifestaciones del Arte y del Evangelio: en pleno triunfo de «películas, de boxeos, de revistas, de veadevilles, de footballs y de galgos»...

Clemenceau, (y vamos a rozar aquí un asunto escabroso, pero con alteza de miras, también de un modo digno y completamente impersonal) Clemenceau, el gran parlamentario francés y el gran periodista, debatiendo un día, en una de sus más trascendentales conferencias, el tema siempre actual, de «si la prensa debe ser un reflejo de la opinión, o una encauzadora de la opinión» decía: «En otros tiempos no existía más que una sola prensa: la prensa de ideas. Todo el mundo conserva en la memoria la discusión entre Carrel y Girardin. Carrel no comprendía el periodismo sino para llevar a él las doctrinas y discutirlos; en tanto que Girardin lo juzga ba un puro comercio. El cambio de las ideas les lleva a un cambio de balas. Y Girardin puso fin a la contradicción, suprimiendo al contradictor...»

«La teoría de Girardin nos ha llevado así a la prensa de información, prensa mediocre que se ampara de escándalos y hace obra malsana. La verdadera prensa tiene por misión, reaccionar contra las influencias perniciosas. Yo no llamo «prensa» sino aquella que tiene el sentimiento de su dignidad.» Esto decía este gran francés.

Y un gran alemán, Hitler, acaba de proclamar desde el Reichstag «una nueva mentalidad periodística para hacer desaparecer el periodismo de escándalo. Porque todavía—agrega—en muchos países, todo hombre de negocios, todo político intrigante, puede comprar una empresa periodística y hacer que todas las plumas que la integran se pongan al servicio de sus personales intereses. Y no puede ser. Toda actividad, todo interés particular debe supereditarse siempre al interés colectivo, a los intereses supremos de la patria».

Pero es necesario que la opinión pública—pueblo que participa de los errores de sus elementos—sea más o menos bien dirigida, esto es, necesita de un paladín, ha consignado un ensayista. Que los hombres se reúnan, que cambien de ideas, que las discutan, que lleguen al conflicto, mejor: del choque de las ideas saltará la luz. Un pensador ha dicho: «Si los pueblos no son conducidos por los estadistas, serán arrastrados por los charlatanes».

CAMINO DE DAMASCO.—¿Tienen aplicación estas teorías con «El Divino Impaciente»?—Creemos que sí. Hemos asistido el jueves último a su décima representación. El teatro, como dicen en Madrid, era una bombonera, un poema, o mejor, dos poemas: uno, en el escenario; y otro, en la sala. Tocas monjiles de vicentinos y teresianas, y por todas partes, colegiales y colegialas. Cada platea y cada palco parecía una «Canción de Cunas». Era aquello una lección de ascética, de catequesis, de religión y moral, todos unos ejercicios espirituales para el porvenir. Y junto a ello, una lección de Arte y otra lección de Patria. Nos recordaba la obra de vulgarización que hacían los centros culturales madrileños por los teatros de Fuencarral y la Latina. Así se preparan los pueblos.

Porque una cosa, nos ha dicho un amigo, deben saber las juventudes de provincia:—En todas partes, el arte grande está en el centro de las Capitales. En París mismo, el arte ínfimo tiene su público, su

teatro y su sitio:—en los barrios bajos y en los barrios altos, es decir, en el suburbio, en el arrabal (faubourg); o en los riscos, en Batignolles o en Montmartre. (Tan solo rozamos la materia).

Pensamos de nuevo en el «poema de la sa'a del

Galdós, momentos antes de terminar el poema del escenario. Mientras Javier vislumbra las costas de la China, algunos ¿quién sabe?—vislumbran el «Camino de Damasco».

(De «ACCION», 1938)

EL PADRE ALBINO levanta un mausoleo al PADRE CUETO

En nuestra Catedral, el sábado último. — El P. Albino pronuncia una Oración Fúnebre sobre el P. Cueto, que no nos parece maravillosa, sino... tres veces maravillosa, como sus tres maravillas o Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña.

Fue todo un acto religioso, serio y grande, que nos recordaba las mejores iglesias de Madrid, de París o Roma. El P. Albino es ya otro. Le oímos desde antes de ser obispo y en período de formación—¿lo recuerda?— junto a figuras de alto relieve como los PP. Torres y Zacarías y Mella, el gigante... El orador (por algo está sobre una tribuna) debe estar siempre sobre su auditorio. Y aquél día, el público estaba sobre el orador, el gran público que hemos nombrado. De ahí, la falta de dominio. Pero hoy es ya un maestro el P. Albino y domina totalmente al público. La prueba, una hora entera de atención, la misma al final que al principio.

El plan, como en los grandes maestros, como lo hizo Arbolí, Calpena, Roca Ponsa, podía recogerse en un papel de fumar. Tres palabras, porque el arte de condensar es propio de eminencias: —“Las dos vidas del Padre Cueto: su nacimiento a este mundo; su nacimiento a la eternidad. Y todo, enfocado sobre las tres Bienaventuranzas: la de los pobres, los misericordiosos, los que han hambre y sed de justicia”. — Tres veces maravilloso... Lo que dijo el teólogo, el sociólogo, el pensador, el poeta, el artista de la palabra, en otro lugar, hubiera sido subrayado con atronadores aplausos. Dentro de la oratoria, impecable de pensamiento, palabra y obra...

Fue la Oración Fúnebre del P. Cueto, en labios del P. Albino, algo como una pirámide; como un obelisco o como un sarcófago del alto Egipto. Nosotros, que conocíamos esos parajes, viajábamos con la imaginación por las orillas del Nilo (Heliópolis del Cairo); por el Támesis (la gran Cleopatra); por el Tíber (plaza de San Pedro); o por el Cuerno de Oro y los Dardanelos (Santa Sofía), frente al Ponto Euxino.

El Obispo Nivariense, gran arquitecto de la palabra—como nuestro gran Pildain, arquitecto de la emoción—levantó el sábado en la Catedral, un mausoleo monumental al Padre

Cueto, impregnado de estilo clásico y perdurable, sin barroquismos, sin modernismos, sin futurismos y sin cubismos, estilos arquitectónicos arbitrarios, absurdos y pasajeros. Porque lo clásico siempre es actual, como es actual el P. Cueto. Y lo esencial en arte, no es estar en moda, sino en actualidad, perdurar, pervivir, no morir...

Por eso—insistimos con Faure—más que la tumba del Soldado Desconocido de Roma la clásica, que anacroniza la vieja Plaza de Venecia y la subida del Capitolio, preferimos otro mausoleo menos aparatoso y babilónico como el peñote totalmente natural, fabricado por las manos de Dios, que guarda los restos de Verdagner en las alturas del Montjuich y cara al Mediterráneo... Rindamos tributo al P. Cueto, nuestro obispo clásico e inmortal. Dijo muy bien González Díaz, calcando a nuestro Calderón mejor que a Shakespeare: “Hay seres vivientes, que son sepulcros; y hay sepulcros, que son seres vivientes”. El sepulcro del P. Cueto está lleno de vida.

La oración Fúnebre del P. Albino (y en esto compartía con nosotros el gran Colacho, nuestro luminoso pintor canario) fue todo un catafalco digno, según él, de figurar en uno de los cementerios de París donde había contemplado lo más portentoso y definitivo; digno—a nuestro juicio—de figurar en el camposanto de Pisa, o mejor, en el Staglieno de Génova al lado de sus mejores facturas y sus mejores inspiraciones. Fue algo divino como los sepulcros de los santos que habíamos visto: como el del Poverello d'Asís, como el de Domingo de Guzmán en Bolonia, como el de Lázaro en Betania, como el de Jesús en el Monte de las Calaveras...

...Sobre este Mausoleo, obra del P. Albino, la noche del sábado (flores sobre flores) González Díaz, el eximio impresionista, siempre elegante, brillante y académico, depositó una corona de laurel engarzada de olivos... y otra, de azucenas, jazmines y nardos todos blancos, como la blancura del hábito y el corazón del gran dominico... Y entonces, la flor del corazón del PADRE CUETO, floreció una vez más en nuestro corazón!...

(De “Falange”, 1939.)

Impresiones Autorizadas

«GABINETE LITERARIO», hoy, Enero, 1940.

Sr. Don Juan DIAZ QUEVEDO

Mi querido Amigo Don Juan:

He leído de «un tirón» la admirable Crónica que V. hace de un sermón magistral del P. Albino, panegírico del santo P. Cueto.

Gracias mil por sus amabilidades y mi enhorabuena cordialísima, aunque tardía, (estaba en la Península) por el regalo espiritual y exquisito, que a todos nos ha proporcionado.

Es suyo devoto amigo, que le quiere y admira

LUIS DORESTE

CIUDAD JARDIN, Noviembre, 1939.

Mi estimado Amigo:

Con verdadero placer, he leído su artículo sobre el monumental CAPO LAVORO del Padre Albino, que a mi juicio está exaltado por V. de modo tan maravilloso, que refleja el entusiasmo que causó en nuestro sensible temperamento artístico.

Mis enhorabuena más cumplidas. Y un millón de gracias por haber hecho figurar mi modesta personalidad de pintor en tan hermoso y brillante trabajo.

Su agradecido amigo

NICOLAS MASSIEU MATOS

COLEGIO DE P.P. REDENTORISTAS

Miranda de Ebro (Burgos)

EL ESPINO, 10 de Julio, 1940.

Mi muy admirado Amigo:

¿Da V. por justificado el retraso en acusar recibo de su tarjeta y artículo tan solicitado por mí, a causa del continuo cjetreo de este asendereado misionero?

El artículo sobre la Oración Fúnebre del P. Cueto, lo lei con el paladeo con que se saborean los manjares exquisitos. ¡Bien talla V. las facetas en los polígonos de los diamantes! Su estilo casi personalísimo, podríase decir que es algo maduramente logrado.

Yo encuentro razones que justifiquen mi demora en escribir mi atsigante correspondencia epistolar. Pero no las encuentro (esas razones justificantes) para excusar a D. Juan Díaz Quevedo, porque permite que el manantial de sus producciones de escribir brote con lentas y tan largas intermitencias.

Y perdone estas descosidas líneas el estilista canario, y reciba en cambio ci amigo cordial, un saludo y un abrazo

VICENTE M.^o SORDO

Pensamiento de FRAY LESCO

Este es uno de sus mejores artículos, quizás el mejor artículo que usted ha escrito. Por lo menos, el mejor de todos los que he leído de usted, el más inspirado, el de mayor bagaje literario y artístico.

Y sin embargo, el más «natural», el de más difícil facilidad. Y el más espontáneo. Ese es el secreto. Precisamente, los mejores artículos fueron los más

espontáneos. Se escribieron siempre, cuando «brota» cuando salieron espontáneamente de la mente y de la pluma: cuando el tema o asunto llama al escritor; y no cuando el escritor llama al asunto, como ocurre generalmente al periodista o escritor profesional, que por razón de su cargo se ve obligado a llenar galeradas y galeradas, esté o no esté en vena, esté o no inspirado lo mismo de pensamiento que de expresión. Los que hemos escrito para el periódico, sabemos lo que es eso...

SINCERAMENTE

FRAY LESCO

Valores del TURISMO

LA SONRISA de Francia

(TRADUCCION Y COMPOSICION)

Es casi de hoy, el hecho de reconocer al TURISMO su real valor. El valor es este: «Es el Turismo, una de las más importantes funciones de la actividad humana».—Su reciente desarrollo, la transformación de medios locomotivos, su democratización al alcance de todos, el deseo creciente de trasladarse, de «ver países», son los síntomas actuales de una rápida evolución social.—En Francia, los esfuerzos de las Asociaciones de Turismo, cuyo rol esencial es hacer CONOCER Y AMAR el país, han contribuido grandemente a la expansión de este movimiento.

Pero si se analizan los medios de Turismo y sus causas profundas; si queremos convencernos de que, en su base, se encuentra la idea de «transporte» y la idea de «instalación», venimos a parar indefectiblemente en esta consecuencia:—que el Turismo ha sido de todos los tiempos. Más aún: que desde el origen de la Humanidad—la fatalidad, o la necesidad; la curiosidad, la ambición, o la propia aventura—han hecho, del hombre, un TURISTA.

Turista, el «hombre troglodita» que, llevando en la mano su hacha de pedernal, buscaba por las cavernas su alimento y seguridad al través de las selvas de nuestra Francia cuaternaria.—Turista, el emigrante heleno, que encallaba su lirrimo en las costas de Provenza, para edificar las primeras moradas silíceas.—Turistas de genio, aquellos romanos cuyos caminos enlosados conocieron un período de prosperidad, por largo tiempo sin rival.—Turistas, todos aquellos trashumantes de la Edad Media, caballeros y monjes, peregrinos, y cruzados, que en el curso de una época sin rutas y sin viviendas, recorrían regiones enteras desprovistas de vigilancia y seguridad.—Turistas, los paladines y los trovadores, y los troveros.—Como también turistas, los que, después de las huestes de Joinville y Froissard, juntaban—desde entonces—la picante de la anécdota, al interés de los viajes...

¿Conócían ellos estos precursores?—Yo no lo sé. Pero seguramente tenían, como nuestros viajeros de hoy, la preocupación del mejor itinerario, del camino menos escabroso, de la vivienda garantizada y segura. Y yo pienso que esas preocupaciones de bien, casi siempre, salieron al paso, fundadas en la admiración por la Naturaleza.—Conviene reconocer

que con la seguridad creciente y gracia al progreso de medios de transporte, el Turismo moderno—tal como nosotros lo conocemos—aparece más tarde. Ya en su época, Chapelle y Bachamon, ricos precursores del «Club de los Cientos», gustaban el placer de la gira gastronómica. Mme. de Sevigné—a más de distinguida descendiente del «Touring Club»—no olvidaba ningún detalle en sus excursiones por Francia. La admiración de la Naturaleza corre parejas con las comodidades del viaje. Si ello es una moda para María Antonieta, para Juan Jacobo resulte un dogma. En adelante, a la inquietud por las contingencias materiales, se añade este ideal que es como el culto de la Belleza, sorprendida bajo todos los aspectos en el azar de los viajes. Y, en este concepto, entraña el Turismo, algo así como un Credo, como un Culto, o como una Religión...

Pero yo lo llamaría, además, la Cuna de todas las Artes.—Evocador por excelencia, el Turismo es quien las más de las veces hace surgir en nuestros «amateurs» ese gusto tan personal para pintar una tela; o esta inspiración poética para bosquejar, en estrofas melódicas y en partituras musicales, el más sincero reflejo de toda su admiración ante una Naturaleza idílica de beldad, impresionante de grandeza, lírica de dolor, o sublime de encanto. Así, el «Murmullo de la Selva», el «Claro de Luna», la misma «Danza Macabra» francesa y universal. El hombre, ante la Naturaleza, se convierte en artista.—El Turismo ha nacido ya bajo la forma moderna: saber VER LA BELLEZA es, pues, su dón reservado...

Más tarde se perfecciona, la ruta se mejora; y, al empedrado de los tiempos de Luis XIV, le substituye la grava de Frésaguet; y luego el cemento, el asfalto y los alquitranados actuales. El mesón se transforma y hace plaza al hotel más confortable. A la litera y la carroza, suceden los vehículos más ligeros y mejor equipados. La locomotora suplanta al caballo, después la regocijante bicicleta, después el automóvil. Y por último; el hombre impaciente de estar amarrado al suelo... se suelta o volar... ¡El avión, o el hombre con alas, ha sido la última palabra del transporte!...

Y cosa muy importante. Viajar, no es un lujo, ni una banal distracción; es una necesidad, lo mismo del espíritu como del cuerpo. El paisaje, como la música, es el gran sedante del espíritu, que redanda en sanidad del cuerpo. Es la experiencia quien habla por nosotros; la experiencia que es madre de la ciencia. El placer contemplativo de la Naturaleza; el olvido de los quehaceres cotidianos; el cambio de trabajo: que en eso consiste el descanso; el cambio de clima, de aire, de alimentación, de vida, tonifica y vivifica el organismo porque equilibra el sistema nervioso y restablece la normalidad en el hombre. No hay neurostenia que resista a este tratamiento. Porque el cuerpo necesita su terapéutica; pero el espíritu, también. Por eso, viajar es la gran medicina lo mismo para los enfermos que para los sanos: previene, y asimismo cura. Pero vale más prevenir que curar, para la salud como para el bolsillo. Tiene relación aquí la sabia expresión de un médico sincero que, antes que profesional, se sentía hombre. Es una expresión, que vale por una sentencia. «El dinero—decía—es mejor gastarlo en el mercado, que dón en la botica». Y eso es lo que pasa con el

Turismo. El Turismo cura, pero antes preserva. Y curar una enfermedad, es bueno; impedirlo, mejor.

Decíamos nosotros: ¿Para qué quieren el dinero gran parte de los hombres?—Dos secretos tiene el dinero: saberlo adquirir; y saberlo gastar, que es como saberlo conservar. No es necesario que sobre; lo esencial es que no falte. Sin embargo; hay muchos adinerados, mentalidades SIMPLES de interés COMPUESTO, «nuevos ricos» y viejos ricos, que viven al margen de la sociedad, representando el papel de «El gran Tacaño», o «El Avaro» de Moliere, sacrificando cada día un presente cierto, por un porvenir que nunca llega. Y—¡oh paradoja!—«el avaro, al morir, (ha consignado un escritor) se convierte... en el hombre más generoso del mundo. Porque no quiere nada para él, sino para los demás. Porque trabajó, y no disfrutó. Así, pues, que lo regala todo: la propiedad y el usufructo... al sargento de caballería que se case con su hija o su sobrina. Sólo que lo que regala, la mayoría de las veces, es la vagancia o la execración de muchos de sus herederos, la Manzana de la discordia, o un semillero de pleitos familiares. ¡Vivió como pobre, y murió como rico para legárselo al vecino de enfrente! El caso del pardiósero—caso de sordidez y de estupidez humana—que murió de hambre en medio del arroyo y, al despojarlo de sus andrajos, se le encontró toda una fortuna en los forros del chaleco... Son estos los parásitos de la sociedad, los acaparadores, los que consumen y no producen, la «higuera maldita», lo que en lenguaje de cancellerías se llama un indeseable».

Pero hablemos otra vez sobre Francia. Mirad un mapa de nuestro país. Admirad el equilibrio de nuestras costas, de nuestras montañas, de nuestras llanuras; la perfecta distribución de nuestros ríos, de nuestros afluentes; la variedad de orientación de nuestros valles y la diferencia tan claramente marcada de nuestros límites marítimos y terrestres. Esa es la imagen de Francia. Refleja la variedad en la unidad, lo pintoresco en los sitios, y la diversidad en los climas.—Pero sólo el viaje permite apreciar todo esto que el pasado ha dejado de recuerdo y de tradición: pues en ningún otro país se ha escrito nunca la Historia en tan fastuosas letras de piedra; y en ninguna otra parte tampoco, nunca el alma del pueblo se ha reflejado como en el nuestro, alma llena de hospitalidad y de gran hombría de bien.—Viajar por Francia, es conocer «LA SONRISA de Francia».

¡Qué otro espejo de mil facetas, que aquel que retrata a la vez las brumas de la Bretaña y el azul encendido del cielo provenzal! ¿Dónde se encontrarán tantos pueblos fundidos en uno solo y guardando, a pesar del lento trabajo de los siglos, su carácter peculiar y sus costumbres? ¿Qué otro país podrá enorgullecerse de tantas maravillas sembradas sobre su suelo: obras las unas de la Naturaleza; las otras, del hombre?

Y ahora... Si Mignan, nos escuchó, yo voy a decirle:—¿Conoces tú el país donde, bajo los cielos más diversos, se desdoblán los sitios más armoniosos; donde los mares verdes y los mares azules bañan los más pintorescos riberas; donde los Alpes, los Pirineos, los Vosgos y los Cevennes, se disputan el privilegio de la grandeza y de la belleza; el país, que lo mismo siembra de arte, los más gloriosos como los más trágicos perfiles de la Historia; el país,

en fin, de toda inteligencia, de toda cultura, de todo heroísmo?... ¿Conoces tú ese país?...

Ese es el nuestro, nuestra Francia querida. Así obliga que nuestro amor por ella, se eleve a la altura de un Culto... Y que al vernos amarla de tal manera, el mundo le rinda homenaje a su esplendor, a su encanto, a su incomparable belleza.

(De «EL DEFENSOR DE CANARIAS»—1931)

La Góndola de VENECIA

"Todo está dicho"—La Bruyere

(TRADUCCION Y COMPOSICION)

A primera vista ¿no sería de una arrogancia extrema, intentar escribir algo de nuevo sobre esta Ciudad de las Aguas, sobre esta Venecia ambigua, que literatos y arqueólogos han estudiado piedra por piedra después de cuatro siglos, con entusiasmo delirante?... Pero ¿es que resulta verdaderamente posible añadir algún rasgo inédito, alguna observación original a los relatos de los viajeros, a las impresiones de los Artistas, a los cantos apasionados de los poetas que han venido aquí—sobre la laguna legendaria a mecer sus sueños, a estimular su fantasía, o a calmar su dolor?...

Parece más bien que, un estudio contemporáneo sobre la Ciudad de los Dux, debería empezar por aquella frase desengañada que un día La Bruyere inscribió a la cabeza de sus caracteres: «Todo está dicho»... Así es. Todo parece dicho sobre la originalidad, sobre la pintura, sobre la fantasía y el encanto de esta Ciudad de Mármol: verdadera Sultana que se mira en el espejo vivo de las aguas glaucas de sus canales... ¡Todo parece dicho!

...Y sin embargo (el negro del fin de la góndola) la góndola interrogante es Venecia. Venecia conserva siempre su embrujado misterio, como en otro entonces—en tiempos del Carnaval—las venecianas enmascaradas con sus disfraces de seda negra que cruzaban en las góndolas, escondían cautelosamente bajo el antifaz de encaje, el secreto de su semblante juvenil.

A decir verdad, si hay un empeño decidido por comprender el Arte Veneciano; si se quiere apreciar plenamente la poesía intensa de este cuadro, es de todo punto necesario precisar de antemano el carácter profundo de la Ciudad de los Dux. Y cuando advirtamos que durante cinco siglos y por razones de su posición geográfica, Venecia es el único punto de Europa donde se encuentran y se penetran las influencias orientales y occidentales, entonces nos será permitido empezar a entrever el secreto del alma veneciana.

Orgullosamente acampada dentro de la laguna, que se adelanta como un espón sobre las ondas del Adriático, la ciudad fué—del siglo XII al XVI el solo puerto de tránsito entre los reinos cristianos del Norte y los Estados musulmanes de Levante. Su inmensa flota—que ya en el siglo XV contaba con 3.300 navíos, 45 galerones, y 4.500 marinos—le había permitido monopolizar el comercio entre Europa y Asia. Venecia era, pues, una tierra septentrional. Así, el arte gótico que florecía en Francia, en Italia, en

Alemania, era a la vez propagado en el territorio de la República. Pero, dentro de este cuadro prestigioso, la Catedral ojival se tropezará aquí con la Mezquita islámica, cuyos diversos elementos habían sido importados también por los propios marinos, de retorno a su laguna natal. En consecuencia; estas dos concepciones arquitecturales de alma y espíritu tan divergentes, van a fusionarse ahora de una manera imprevista... Hé aquí, el encanto y secreto que encierra Venecia: ¡Venecia—la monumental—es esta magnífica síntesis plástica que debe efectuarse, sobre las riberas del Adriático, entre el ideal de Cristo y el ideal de Mahoma!... El Arte Veneciano es, pues, una concreción: pero soberbia, equilibrada, hasta milagrosa, entre el Arte de Oriente y el Arte de Occidente...

Penetramos en la Basílica de S. Marcos. Y ya nos es dado sentir intensamente, dentro de este vasto monumento recubierto de oros y mosaicos rutilantes, la influencia de Grecia bizantina y del Asia. Antes de pasar el umbral del Santuario, somos completamente deslumbrados por la magia de este frontispicio: verdadero luminar lujosamente decorado, donde se ponen en juego y se combinan, dentro de una fantasía irreal, los colores más vivos y encendidos, tan estimados de Oriente. En seguida, adivinamos que este monumento será una sinfonía: una grandiosa sinfonía visual hecha para el encanto de los ojos, donde los matices de más refulgencia van a cantar frenéticamente en el interior de la iglesia, elevada a la gloria de S. Marcos.—Por todas partes, mármoles y piedras policromas; por todas partes, innumerables cerámicas historiadas... ¡No se puede impedir, delante de esta exuberancia decorativa, venir a pensar en Sta. Sofía de Constantinopla!

El Altar Mayor, donde descansan bajorrelieves del siglo XI, resplandece como un relicario. Nosotros podemos admirar ahora la más bella pieza de orfebrería oriental que conocemos. Yo quiero referirme a esa incontrastable, a esa gigantesca y casi inconcebible URNA de oro, que proviene sin duda alguna de las iglesias de Bizancio. ¡Es realmente dentro de una atmósfera de lujo asiático donde es transportado el que visita S. Marcos; es dentro de un cuadro artístico de «Las Mil y Una Noches» donde se mueve el turista, como en un sueño maravilloso!... San Marcos, todo impregnado de estilo bizantino, debe de ser estudiado en primer lugar cuando se quiere—aunque sea muy poco—comprender el Arte de la Ciudad de los Dux.—Apresurémonos a añadir que si prescindieramos de este monumento de espíritu tan oriental, no tendríamos sino una idea muy vaga del genio veneciano: pues pronto, a la Escuela de Oriente, va a oponerse la Escuela ojival de Occidente, y el estilo gótico no tardará en venir a ingerirse, de extraña manera, sobre las aportaciones clásicas de origen asiático...

Estamos ahora en la Piazzeta de S. Marcos.—A algunos pasos de la Basílica—en el célebre Palacio de los Dux—podemos estudiar fácilmente la mezcla heterogénea de los elementos italianos, árabes y góticos. Y sin haber visto esta maravilla, se podría creer que un conglomerado de estilos dentro del mismo edificio, no debería producir más que un flaco resultado estético. Pero éste es precisamente el milagro del genio veneciano: combinar armoniosamente estas arquitecturas dispares para llegar a obtener un

todo perfecto, un edificio rítmico de un aspecto noble y majestuoso. Ya en la fachada del Palacio, las ojivas y rosellones góticos van a desfilarse en llamadas sobre un muro adornado por figuras geométricas y versículos del Corán, que rematan almenas árabes... Todavía veremos en el interior venir a enfrentarse el Oriente contra el Occidente, superando en atrevimiento artístico a la misma Mitología pagana, que nunca supo mezclarse con las escenas bíblicas. Así en las paredes de la sala, nosotros podemos contemplar las efigies de Cristo, de la Virgen, de S. Marcos, a poca distancia de las figuras de Marte, de Neptuno y de Venus... Venecia—en una palabra—es un «crisol» donde Europa se funde con el Asia.

¿Pero, dónde estamos?...

Ahora, cuando nuestro gondolero nos haga recorrer de nuevo esta magnífica Avenida del Gran Canal, ya nos será permitido bucear y desentrañar el secreto de estos palacios orgullosos que lamen las aguas verdes.—Aquí, el Palacio Loredan, del siglo XI, de estilo románico pero ya con sabor gótico; allá, el Palacio Foscari, de un bello desarrollo ojival; más lejos, el Palacio Contarini. Y sobre todos y sobre todo, ese famoso C. A. de oro, de suyo tan veneciano, donde la ojiva francesa se desposa con la ventana mudéjar... Por todas partes, arquitecturas extrañas, que se miran en los canales; por todas partes, iglesias cuyos siluetos tienen extraordinaria semejanza con los minaretes de las Mezquitas islámicas...

¿Pero, dónde estamos, por fin? ¿En Asia? ¿En Europa? ¿En Brujas? ¿En Estambul?... Nosotros estamos en Venecia, en esa Venecia maravillosa y milagrosa, de la cual escribía Lord Byron, hace ya una centena de años: «Venecia me ha agrado otro tanto de lo que yo esperaba. Y yo esperaba muchísimo. Es Venecia, una de esas ciudades que yo conocía antes de verlas, y el lugar del mundo del cual yo tuve siempre mi mayor ensueño»...

¡El Carnaval de Venecia pasó!—Pasaron las máscaras ataviadas con sus disfraces de seda negra... Pero la góndola de terciopelo negro dibuja todavía la forma de una Media-Luna...

¡LA GONDOLA DE VENECIA es una interrogación!

(De «El Defensor de Canarias»—1931).

ABANICO Japonés

A RAQUEL SAENZ

Directora de «Vida Femenina», de Montevideo

(TRADUCCION Y COMPOSICION)

El Japón vuelve a ponerse de moda.—Miremos al Japón. Pero no al Japón de los hombres: ellos traen la guerra; al Japón de la mujer: la paz, la fecundidad, la prosperidad de la tierra nipona.

Nada de «samurais», de guerrilleros, de arqueros, ni flecheros. Nada pues, de caporales aunque alguno diga: «Hijo soy del pobre colono. Pero alguien me cantará endechos como a una flor de cerezo, si combato y muero sobre los campos de batalla... ¡No!—¡Abajo la guerra! ¡Nada de pólvora! Nada de gases mortíferos! ¡Nada de aviones o cóncores de

muerter! ¡Nada de metralla ni bombardas! ¡Nada de espíritu bélico!... ¡No!—¡Abajo la guerra!...

Lleven sobre nuestras cabezas—en vez de balas—pétalos de flores, flores, muchas flores: la flor del iris, la flor del loto, la flor del nenúfar, la flor de azahar... Lleven hortensias, peonías, tulipanes, camelias, glicinas, azaleas. Lleven rosas, muchas rosas: la rosa bengala, la rosa de té, la rosa-pom-pom. Y lleven sobre todo crisantemos... ¡Lleuva, sobre nuestras cabezas, una tromba de granizo de albos crisantemos; y, en su maroma de escarcha: en el arabesco, plata y escarcha, de sus flecos diamantinos, surgirá nacarado y bruñido; esplenderá, nacarado, y bruñido, y nevado, el «Abanico japonés», como una enseña de paz.

Miremos unos ojos de almendra.—Miremos en los ojos de una Geishya: ¡Y decir «ojos» es decir «almas» o por lo menos, corazón!...

Es ahora la noche.—Estamos en la Rúa de «Kimico»... ¡Kimico: la mujer de cristal, la artista, la abnegada, la sensitiva, la sublime mujer japonesa!—¡La heroína de Lafcadio Hearn!... Su nombre lo leemos en la linterna de papel chino, sobre el dintel de su puerta.

La calle es fantástica. Vista de noche, es una calle fantástica, abigarrada, glucinante, una de las más originales del mundo: estreacha como un corredor, y de frontispicios taladrados por innumerables ventanas, que parecen otras tantas luciérnagas brillando en la oscuridad.—También los cruceros son típicos: dispone cada uno, de una portezuela corrediza de tableros de papel semejantes a vidrios, que dan la sensación de cabinas de turistas de un gran paquebot, o de un vagón Pullman de ferrocarril.

Todo en ella es exótico, de un exotismo fascinante, aparatoso y curioso. Las casas tienen varios pisos; mas a la simple vista, no se distingue sino el primer cuerpo. Es lo único que se ve iluminado bajo los aleros; por encima, toda queda en la sombra, particularmente en las noches sin luna. La luz proviene de lámparas colocadas detrás de los paños o tableros de papel, y de unas linternas suspendidas ante cada puerta. Así vemos la calle alejarse entre dos filas de lámparas diminutas, que convergen en lo lejos en una sola línea inmóvil de luz amarilla. Unas tienen forma ovalada; otras son cilíndricas, cuadriláteras, exagonales; pero todas llevan, en caracteres japoneses, el nombre de la casa y de sus moradoras.—Esto, de noche... Por el día, la calle es sorda, desmantelada, dormida, como una galería de muebles de una gran Exposición Universal.

En esta Exposición vive «Kimico», la gloriosa Kimico, la chiquilla de la clase media venida a menos, que un día se hace Geishya por piedad filial y por sentimiento fraterno. Se hace artista, y aprende a cantar; aprende a danzar, a bordar, a charlar, a confeccionar bouquets, a componer pequeños poemas, a servir el té en los kioscos de los jardines enanos... Y triunfa como artista. Y se improvisa la más consumada de todas, la artista predilecta de la aristocracia de Kyoto. Es delicadísima y es discretísima. Ella acepta los presentes y homenajes de todos, pero no prefiere a ninguno.—Es un manejo de sentimientos exquisitos. Exquisita siempre: exquisita para ella, y exquisita para los demás. Exquisitez ante el paisaje exterior de la Naturaleza; y exquisitez ante el paisaje interior de su alma.

«Un bello punto de vista—ha dicho la Geishya—no es una propiedad privada; y no hay nada ni nadie, que impida gozarlo... Si abrimos nuestros corazones a la belleza del cielo, de la tierra, de las cien mil cosas creadas, (es su doctrina) nuestro placer resultará infinito,—infinito!—porque llegaremos a ser los dueños de las montañas, de los bosques, de los ríos, de los mares; y sin gastar una sola moneda, podremos disfrutar de estas cosas para el regocijo del alma. ¡Esto no se compra con el oro!... Los placeres que nosotros sacamos del amor de las flores, de la luna, de los ríos, de la contemplación de las colinas, de nuestros cantos que bordona el viento, de nuestra vista que sigue con envidia el vuelo de los pájaros..., son inexpresables, inofensivos, gratuitos, igualitarios entre ricos y pobres. Acaso los ricos, abismados en su lujo e indolencia, no conozcan estos tesoros que el pobre—pero ¡sensibil!—puede disfrutar a toda hora.—Esta es Kimico, frente al paisaje de la Naturaliza.

Esta otra es Kimico, frente al paisaje de su alma: Siempre sonríe... Pero es que en el Japón, todo sonríe siempre.—La sonrisa japonesa como la sonrisa de Buda, revela la dicha que nace del control de sí mismo, del dominio ejercido sobre el egoísmo propio. En el Japón, la más bella de las elegancias... es la de «sufrir sonriendo».—Por eso, la resignación y a veces ¡el heroísmo se esconden dentro de ciertas sonrisas. Un japonés puede sonreír... hasta en el momento de anunciar la muerte de un ser querido!—Es para él, como la forma suprema de proclamar su desgracia. Después, en la soledad, podrá abandonarse al dolor: En la soledad; ante los demás... ¡nunca!—Nadie tiene el derecho de contagiar a los demás con su propio infortunio, y menos deberá arrebatarles el don de la alegría de vivir. ¡Eso sería entristecer el espectáculo del universo. La Geishya podrá llorar... Pero deberá esconder sus lágrimas... en el revés de las mangas de su vistoso y floreado kimono...

¡Y Kimico ha llorado! Ha llorado la penuria de su casa, y ha llorado de amor... Hagamos nuestra su leyenda, que no debe ser leyenda sino historia.—Un día... circula la voz en Tokio de que... Kimico se marchó con un príncipe: un navio dispuesto por ella a morir, y ya casi muerto de amor... Y uno y otro... deciden de consuno esconder el tesoro de su amor, en un palacio encantado.—Después de muchos esfuerzos, el príncipe obtiene de su familia el permiso de... casarse con la Geishya. Pero ¡ved qué sorpresa! Es la Geishya quien rehusa por tres veces casarse, sin expresar el motivo.

De pronto, Kimico deja de ser alegre y da ya sus razones. Con dulzura, pero las da con firmeza: «Yo es hora de que te diga, lo que largo tiempo he callado.—Yo viví hasta aquí en el infierno... Ya todo pasó. Pero llevo dentro de mí la huella del fuego maldito, y no hay humano poder que logre ni sepa borrarlo.—Déjame hablarte: que al reconocermelo culpable, yo soy mucho más grande que tú!... Jamás seré vuestra esposa. ¿Queréis saber el por qué...? Cuando yo no esté más contigo, (nos hemos de separar algún día—¡es fatal!) entonces tú juzgarás más altamente de las cosas. Sólo entonces, yo seré para tí más amada; más amada, pero muy de otra manera que ahora: también más razonablemente.

«Entonces tú te acordarás de estas palabras que

brolan de lo más hondo de mi corazón.—Tú elegirás una dulce joven, que será la madre de tus hijos. Yo los veré. Pero yo no podré jamás ser tu esposa. Yo soy solamente—(voy a decírtelo) «tu locura», una ilusión, un ensueño, una sombra que pasa a través de tu vida!... A la décima luna, Kimico desapareció. No se sabe cómo; pero desapareció, sin sus trajes, sin sus joyas, sin sus regalos que constituían una fortuna... y los meses pasaron, y los meses, y los años pasaron, sin un indicio, sin una señal, sin una palabra. Se exploraron los ríos, se dragaron los lagos, se escudriñaron los precipicios—se temió una cosa terrible—y ni siquiera una huella, ni un solo rastro siquiera. Nada, nada, nada.—Su propia familia no sabía nada tampoco... ¡El misterio permaneció impenetrable!

...Lo que Kimico predijo, al fin se cumplió: «El tiempo seca todas las lágrimas. En el Japón además, no muere nadie dos veces de la misma muerte».—Así pues, el navio de Kimico recobra su juicio, y los padres le encuentran, como esposa, una amable joven que le regala un hijo... Volvieron a pasar los años. Volvió la dicha también en el palacio encantado, donde la danzarina había reinado un gran día.

Pero hé aquí que una mañana, una religiosa de tránsito viene a implorar la caridad a la puerta de su casa y... el hijo, que oye la llamada budista:

—«Hai—Hai!»—corre al momento a la entrada.—La sirvienta, que llevaba a la mendiga la habitual limosna de arroz, quedó maravillada al verla acariciar al pequeño y susurrarle algo extraño al oído. Entonces el pequeño exclamó a la sirvienta: «Dejad que sea yo el que le dé el arroz por mí mismo». La monja, arrebujada en su amplio sombrero de paja, intercedió por el niño: «Permitid, honorablemente, que sea el niño el que me dé el arroz por sí mismo».—Y... el hijo del príncipe volcó el arroz dentro del tazón de la propia mendiga, la que agradeciéndoselo infinito, le pregunta al niño en voz alta: ¿Quieres repetirme, ¡oh niño!—las palabras que yo te he rogado decirle a tu padre honorable?—Y el pequeño musita: «Padre: una persona a quien usted no verá nunca más aquí abajo, le hace saber: que su corazón ha temblado de júbilo, porque hoy ha visto a su hijo»...

El hijo lo refirió al instante a su padre. Y el padre oyó, adivinó, y lloró, sobre la cabeza del hijo... Sólo el padre podía comprender la significación del sacrificio cumplido. Sólo él sabía: que la distancia que hay entre dos soles era menos grande, que la que a él le separaba de la mujer que amó en otro tiempo. Sólo él conocía que era en vano buscar por cualquier villorrio apartado, por cualquier fantástico laberinto de callejuelas amarradas y tortuosas, por cualquier templo humilde conocido únicamente del más pobre entre los pobres, porque ella... se escondería siempre en la obscuridad que precede al alba de la luz infinita... Sólo allí, en la lejanía ignorada,—él lo sabía—el Maestro le habría de sonreír. Sólo en la lejanía ignorada, la voz del Maestro le diría, con una dulzura que no conocieron jamás los labios de amantes humanos: «¡Oh, mi hijo en la doctrinal—Tú has seguido la voz de la perfección.—Tú has creído, y comprendido, la más alta verdad... Por eso vengo yo ahora, a tu encuentro, para darte la bienvenida!...

Al fondo de un bosque de criptoméras, se ve

una Pagoda nevada.—Una lluvia de crisantemos blancos ha nevado en Tokio... Ciruelos en flor, ramas de blancos almendros, banderolas blancas, capirros blancos, capuchones blancos... ¡Todo un cortejo fúnebre de Rito sintoísta!...

En los ojos de la Geishya ha nevado también.— El «Abanico Japonés» ha cerrado su varillaje de la ca, sobre dos mundos... o dos corazones!

(De la Revista ilustrada «Vida Femenina» 1931.)

La sombra de "DORAMAS"

Es en Las Palmas y a la hora del meridiano, aproximadamente. El modesto fotógrafo ha dejado por un momento su cabaña de trabajo, su bohémico estudio de pintor, y ha salido a la calle a la busca de impresiones nuevas. Tiene ya cansada la retina por la media luz de su cuarto...

Se encuentra en una plazoleta vieja y muy conocida, en una antigua plaza quizá la más arcaica de la ciudad, y la que mejor conserva su primitivo sabor histórico. No es bien nombrarla, ni se necesita. Al medio de la misma, todavía se ve empotrado el vetusto pilar solomónico, testigo de tantas travesuras de chicos, la vetusta fuente con sus dos tazones embarnados de iégamo, donde acudían con sus «tallas» a la cabeza y sus «cañas» en la mano las festivas samaritanas del barrio.

Si el pilar hablara, diría grandes cosas de lucha y de contienda. El mismo que en tiempos remotos pudiera contemplar con aire de orgullo el principio glorioso de nuestra incorporación a Castilla, pudo presenciar en los tiempos modernos, enhiesto y mayestático, aquel eterno campo de agramante y aquella batalla campal, donde los aguadores por poco más de nada se iban a la greña, convertían sus cañas de tomar agua en lanzas de combate y se hacían añicos, las tallas, sobre sus cabezas.

El fotógrafo se enreda en amena charla con el sacristán de la parroquia frontera, tipo famoso de sacristán legendario y bonachón, decano entre los de su oficio. En élla le salieron los dientes, fué murguero, desde los primeros años, y a la sazón sabe tanto de liturgia y rutinas parroquiales, que podría dentro de su iglesia actuar a la vez de acólito, de sacristán y hasta de cura. (Por no decir de obispo).

Sobre un banco de piedra de la plaza se encuentra recostado el sacristán y con él añora y se empapa el modesto fotógrafo de cosas del tiempo viejo. ¡Sabe tanto de esas cosas el ministro de la iglesia!... De pronto, un murmullo de ruedas y el trator de caballerizas anuncia la entrada de un coche en la plaza... Y entra. De una amarilla y elegante jardinera, se destacan las sombras de unos abates. Son cinco. De éllas reconoce al Doctor López Martín, al ex-secretario del obispado de La Plata, y a los señores curas de San Agustín y Santo Domingo. Pero hay otro, desconocido para el fotógrafo, el cual se presenta con traje de viaje y un sombrero extraño, poco más o menos un «medio bollo» de los que llaman en Canarias...

...El fotógrafo se ha trasladado a... y se adentra ahora por una quinta de Cortines. Acaba de saltar, en la estación, del tren en el que hizo viaje

desde Mercedes con su hermano, espíritu irremediablemente demócrata y que sería capaz cualquier día de emprender un viaje de circunvalación... a burro... El camino desde la estación a la entrada de la quinta, está punto menos que imposible. Es cosa de cinco minutos; pero hay que salvar esos cinco minutos de lodazal y de puro pantano. Es una laguna continuada, que hay que vadear por cosa de cinco minutos. Por fin llegamos a su término. Un espeso, un alto bardal de arrayán a modo de tapia bordea el camino por la derecha hasta que se encuentran las puertas de la quinta. En las puertas lee: «Quinta Santa Lucía.» En éllas está ya el fotógrafo, pero no sabe si sano y salvo.

Doblamos por la derecha. Ahora la tapia se cierra a ambos lados dejando entrever, de raro en raro, el tronco corpulento de algún árbol. Es un paseo perpendicular al camino, sumamente recto, tupido casi por las copas de los árboles y saturado todo de un ambiente de campo, tónico y confortante. ¡Se oye el canto de los pájaros!... De pronto, el fotógrafo creyó encontrarse en las riberas del Gave. Había divisado a su derecha a Bernardette de Sourbions, con su traje de pirenáica francesa, abatida ante la Inmaculada de la Gruta. Es, sin duda—pensó—el recuerdo de un viaje a Lourdes de alguna de estas piadosas damas propietarias de la quinta... Pero siguió adelante y halló nueva decoración el viajero. Se acercaba a un suntuoso parterre custodiado por enormes, por formidables mastines de bronce que le parecieron de carne: ¡tal le aterraron! Por fin se pasó el temor y vino en adelante otros pasos... Entonces evocaba el viajero—no sé por qué extraño conjuro—el continente de aquel abate desconocido que cierto día había visto en una plaza vieja de Las Palmas, figura recia, hercúlea, ejemplar inconfundible de una raza fuerte...

El viajero fotógrafo ha cultivado algún tiempo la amistad del otro antiguo viajero, pero de ningún modo asegura que le conozca bien. Van seis meses de trato y conocimiento. A más que ésto de conocer personas, tarea es muy difícil, ya que no imposible. ¡Son tantas las personas que ni aun a sí mismas reconocen! Aquí, el principio de Sócrates... Por eso el fotógrafo ni intentará hacerle un retrato de busto, y mucho menos tamaño natural y de cuerpo entero, pues no se le esconde que en esto de hacer fotografías, las más veces se corre el peligro de favorecer o desfavorecer la figura, de mejorar o disminuir el arquetipo, imprimiéndole, subjetiva u objetivamente, rasgos que debieran convenirle, pero que de hecho no le convienen; o bien, suprimiéndole inadvertidamente otros que le son propios; y ésto, aun cuando el que retrata, sea un verdadero artista. Porque todo estará en sorprender el momento, el principal, el característico, el más genuino, el único momento del retratado. Y hé aquí que librará la lucha del justo medio, del punto o trazazón que separa y que liga a la vez a la idealidad con la realidad, al ideal con la cosa misma...

El fotógrafo ha pretendido bien en el fotografiado toda la consistencia y reciedumbre del guanche primitivo, toda la seguridad y admirable fortaleza del verdadero guanche en cuerpo y alma. Parando la atención en este hombre, llegará cualquiera a convencerse de que el mundo es de los optimistas. A pesar de su cuerpo fuerte, tiene un alma toda

crystalina. Podría escribirse, al márgen de su libro, el mismo lema que se escribió al principio de otro: «De vidrio para sentir, pero de acero para resistir...» El amigo, el hombre y el sacerdote, forman una sola pieza. Amigo sin doblez, hombre sin dejar de ser sacerdote, y sacerdote sin dejar de ser hombre, entraña en la sociedad una gran recomendación y una alta estima. Su presente no le ha dejado olvidar tu pasado; y, como el médico—el hombre sacerdote, que también es médico—sabe acomodarse a todos los lenguajes: lo mismo conversa con el potentado que con el humilde; e igual sabe pisar, cuando quiere, el pavimento de la choza, que la alfombra de plumas. Dueño de un espíritu de adaptación, es de todos y para todos...

Del sacristán bonachón y honrado abolengo; del sacristán decano entre los de su oficio, inquirió el fotógrafo quién venía a ser aquel abate desconocido que, en amarilla jardinera, en traje de viaje, y con un «medio bollo» por sombrero, llegaba a la hora del meridiano, acompañado de otros abates, a la arcaica plaza de Santo Domingo, de Las Palmas. Dijole era: «La sombra de Doramas.»

(De la Revista «CANARIAS», 1914.)

MUCHOS son los llamados...

El amigo escanógrafo ha vestido la escena con un gusto impecable. De lo alto de las bambalinas del teatro ha dejado caer, en sabio desgaire, los pliegues rojos de unos cortinones que dan la sensación de regia cámara de palacio. Hay un estrado en el fondo, deslumbrante y augusta como la sala. A derechas, el retrato del ilustre muerto de Biarritz, alma del homenaje, sobre pequeño escabel y perfectamente enmarcado, con un búcaro y rosas por el suelo. En la izquierda y, entufada con un tapeo color violeta, que destaca del entapizado del suelo que también es rojo, ha dispuesto admirablemente, el pupitre plano de la tribuna. Sobre ella, una lámpara múltiple, con sus pantallitas rojas de papel de China, acusa sus languideces sobre dos vasos de agua... Y este conjunto, bajo la luz de una lucerna diáfana del mismo tono. Todo es rojo, sóbrio, y severo. Aparte las telas por lo que mira a la acústica, ha sido un acierto de decoración.

Llego al teatro con apuro. Tengo un deseo ferviente de escuchar al orador novel. Afortunadamente me ha tocado en suerte una localidad del patio que hace la diagonal con la tribuna. Hacia aquí unos hablará el orador. Son las diez menos siete minutos por el reloj de guerra. En este momento, la cortina del foro se abre en un par y aparece delante la figura paterna y luminosa del Prelado de la Diócesis; detrás, las demás Autoridades de la Plaza con la vistosidad y policromía de sus uniformes de gala. Ocupan el estrado, presidiendo el Obispo. En el alero derecho del escenario se sienta el Cabildo Insular; y en el izquierdo, el Ayuntamiento. Todo el mundo está de frac o uniforme. Los dos maceros de la Ciudad acomodanse en dos banquetas doradas de primer término y a derecha e izquierda de los bandos de embocadura... Así, el cuadro.

...Se han sucedido victoriosamente, otros números del programa y se levanta para hablar, el Alcalde.

Es un jóven, acaso el alcalde más jóven de España, alto y delgado de estatura, pero con robustez de inteligencia que le contrapesa y sensibilidad artística exquisita que le recomienda de «entrado... Es orador. Ha desgranado las primeras notas musicales de su palabra, y ya apodera y sugestiona. Su verbo cálido electriza y atrae como el imán. Los primeros aplausos se rompen en la sala. No aparece orador de multitudes ni se cuida de halagar las galerías. Más bien, se nota que hace caso omiso del «profanum vulgus» tan pagado de lo barroco, lo mazorril, lo amasacotado, lo lugareño y lo cursi.

Es orador. Fuera el discurso por ya publicado, tan sólo me resta versar sobre el orador. Y es orador, digo. Es orador: porque sabe pensar, sentir, porque sabe hablar. Esto es, porque tiene cerebro, corazón, dón de palabra; porque es artista de la palabra y del pensamiento; porque posee la sensibilidad y el alma oratoria. Y, sin alma, no hay orador porque sin alma no hay vida. Y eso precisamente es la oratoria: la vida del pensamiento, que es la palabra; letra viva, y no letra muerta... «Muchos son los que hablan; mas pocos, los oradores». Sin alma de orador, no hay orador posible. Habrá otra cosa: un escritor, un poeta, un pensador, un polemista, un erudito, un sabio, pero nunca un orador, que deberá ser todo eso y mucho más, dentro de una misma pieza. Jamás D. Marcelino Menéndez y Pelayo pudo ser orador, y nadie le escribió mejores discursos. Jamás pudo Campoamor, ni Pereda, ni Galdós ni Benavente, pronunciar un discurso en su vida y, sin embargo, supieron construirlos como nadie.

Porque es así; porque Dios hizo un temple especial para el orador, como lo hizo para todo artista, un temperamento, una sávia, una médula, una madera privilegiada y distinta de las demás maderas del hombre... Hemos visto una estatua de Rodin, «El Pensador», y hemos sentido un chispazo extraño. ¿Qué es esto?... Hemos escuchado una rapsodia de Litz, y hemos sufrido una conmoción. ¿Qué ha pasado aquí?... Acabamos de admirar un cuadro de Tiziano o de Rembrandt, y nos oprime como un resorte. ¿Por qué, esto?... Es un gran cantante que nos transporta, o un gran orador que nos subyuga, y sentimos un escalofrío... ¡Es el escalofrío del Arte! Y artista que no lo produce, no será artista en el sentido limpio de la palabra... Y el alcalde tiene, ante todo, eso: que su arte produce escalofríos; que establece contacto; que imprime una corriente; que cierra un circuito entre él y el que le escucha y su hace todo luz. Lo mismo sucede con D. Federico León. Tendrá, como quieren algunos, indeparaciones y corruptelas en su arte exterior,—al fin no es orador de profesión, sino médico,—pero así y todo es un ejemplar, como pocos, de temperamento elocuente y de alta sensibilidad oratoria. Es otro orador. Hay que llamar a las cosas por su nombre.

Pero además el alcalde es un literato cultísimo y domina el léxico admirablemente. En mi sentir, acaso abusara la otra noche de ese mismo dominio. Porque la oratoria—por eso que va dirigida a un público,—exige más espontaneidad y más claridad aún que la literatura, el libro o el periódico,—que va dirigida a un lector. Y sin caer jamás ílbrenos Dios! en la vulgaridad y el prosaísmo de la cláusula, hay que huir siempre de la oscuridad y procurar la claridad ante todo, una de las bases más incon-

movibles de la elocuencia. Quizás—y perdone el amigo—se extendiera también, con deslucimiento propio, en el cuerpo del trabajo, de corte y tono más de conferencia que de discurso. Me lo explico por el erizado del tema. Pero los experimentistas y tratadistas aconsejan, para tales casos, un prudente eclecticismo o un sabio sincretismo, durante la elocución. No hay que confundir la fría conferencia de una cátedra, con el discurso de una velada necrológica, que debe ser, sobre todo, el discurso oratorio de altos vuelos oratorios. (El lector habrá advertido que escribe en estos momentos, no el cronista enfadado que elogia a borbollón y sin medida, sino el admirador sincero y el crítico amigo que estudia los efectos sobre el público.)

Aún no está formado el orador, sino que está en formación; pero lleva mucho adelantado. Es verdadero artista, porque siente y produce el arte; y posee una alta comprensión y un refinado espíritu que harán de él, dentro de pocos años, un orador completo. Como D. Federico, también es médico y no orador por profesión, sino por vocación. He señalado que acaso sea el alcalde más joven de toda Es-

paña. Tiene, pues, por delante el porvenir... Y no crea el amigo en lo de la oratoria a la inglesa, ni a la francesa, ni a la italiana. Es cosa de externidad puramente accesorio: porque, substancialmente, el arte es uno y el mismo, y no reconoce límites ni fronteras. Bástele con saber: Que atesora lo principal, que es el alma del artista, y ésa... podrá desentonar, podrá descaminar, pero no la trocará nunca porque es espiritual y es inmortal y, además, unipersonal e inconfundible. Ya lo demás le vendrá (por añadidura), que el alma oratoria es la madre fundamental de la buena declamación y de la mímica.

Va por buen camino el buen amigo. Nada de mulatez—como él nos dijo. Nada de gregario, ni de anodino, ni de plebeyo, sino el arte exquisito, terso, limpio y depurado... Bástele con saber: Que la cuerda de la sensibilidad está en sus manos; que posee el alma oratoria, como la meta para el buen jinete: que ni hay que traspasarla, porque se peca por exceso; ni quedarse atrás, porque se peca por defecto. Muchos, son los que hablan; mas pocos, los oradores. Aquí, lo de la parábola.

(«Diario de Las Palmas», 1919).

LOS Pájaros Verdes

Pero «¿cree Vd. que puede recitar Tomás, donde recita Ricardo Calvo?»... El auto corre.—«Aquí escri-

bió sus «Cantos» Teobaldo Power, nos dice un poeta, recogiendo un broclazo blanco en la fuga de la carretera. Descendemos del bosque de las Mercedes y tramamos el alma, repleta de emociones: emociones del bosque y emociones de la amistad. ¡Días y el hombre con nosotros!... Es por las fiestas de Allente. Tomás y yo hemos ido en camaradería. Pára el auto a las puertas del Hotel y los excursionistas asaltamos el patio. Todo aquí es floración. El «five o'clock». Mesitas blancas por todas partes llenas de sonrisa y de juventud. La Representante de nuestra tierra aparece otra vez en el agasajo cordial de esta isla hermana. Tomás ha recitado a todas horas. Nos hemos acostado con versos, y nos hemos levantado con versos. Sin embargo, esta tarde no está por recitar. Ha preferido salir con otros poetas. En rincón amable del patio



que ilumina de cerca una vistosa colección de pájaros verdes de Africa, nos deja formando Peña.

Un europeo amigo me dice: «Padre, ¿qué le pareció Tomás, la otra noche, en la velada?—¡Oh, bien! le digo. A mí, Tomás siempre me parece bien. ¡Lo admiro mucho, y lo quiero más, porque estoy hermanado con tan gran poeta y tan fuerte amigo!—Todo eso me parece muy bien,—replica. Pero tenga la bondad de decirme: ¿de dónde han sacado en Las Palmas esa manera tan particular de leer los versos?—¿Particular?—Y tanto, que en ninguna otra provincia de España oír Vd. leer así. Ni aquí, en Tenerife. Por lo visto es cosa exclusiva de los de la isla «redonda». Y no es tanto Tomás. Porque, en el tiempo que llevo en Canarias, he podido oír unos cuantos, y todos me parecen los mismos. Con ligeras variaciones, el que oye a uno, los ha oído todos. Claro que usted no lo notará, porque tiene checho el oído; pero el que viene

de fuera, ¡vaya si lo nota! Es una salmodia, una letanía, una melopea que tiene su dejo de inglesa, o de sur-americana. ¿No ha oído Vd. recitar a los americanos, o a los ingleses? ¡Todos recitan, cantando!

«Sobre el té, ¿qué van a fumar Vdes? interrumpen un colega, creo que extranjero.—Pues ya que estamos hablando de ingleses,—adelanta uno—cigarrillos ingleses, y continuamos en Inglaterra.—Bueno; pues vamos a continuar en Inglaterra, reanudó el amigo. (En tanto, el otro colega nos obsequia con unos exquisitos dimitrinos.) La otra noche—prosigue—dispicente en la Plaza de la Constitución, bajé hasta el muelle. Estaba atracado un Yeoward y me subí a bordo. Mucha luz, mucha animación, mucho turista. En el «Ladies Room» se hacía música. Había concierto, un concierto íntimo inglés, y quise observar y estudiar. Vea V: El uno tocó violín; el otro, piano; una chica, la mandolina; otra, la ocarina; otra, la flauta. El uno hacía juegos de palabras, fugas de vocales, decía cuentos, apuraba letras; otro improvisaba cabriolas, prestidigitación, malabarismo, adivinación del pensamiento. Se saltó, se cantó (a la inglesa, por supuesto.) Se remedó al perro, al gato, la gallina, al pavo, a la oveja, la cabra. Hubo uno que imitó a la perfección ¿qué creará Vd?... ¡El cerdo! hombre... (Ni en el Circo Parish.) Y, por cierto, ¡qué bien gruñía el muy... inglés! Era de lo mejor que hacía... Ahora, en serio. Una actriz viajera sale a recitar. Esquelética, desmañada, bisoja, llena de colorines como un guacamayo, de un brinco se colocó en el centro, y lo primero que hizo fue eclipsar los ojos. Permaneció extática como dos minutos. Todavía no empezaba... ¿Qué cree Vd. que pasó allí aquello?... ¡Una sesión de espiritismo!... (Al centro del patio hay un triple pilón de mármol con peces de colores.) Yo me quedé mirando los peces...

No se ría Vd.—me dijo el amigo. Es la pura verdad. ¡Una función de magia! Recitó como ocho versos, y entonces ya abrió los ojos. Aquella no era mujer: era una iluminada, una hipnotizada con los ojos en blanco, recitando en voz engolada, canturreando, ululando.—¡Vamos!—metiendo miedo como una aparición o como una espiritista llamando a las almas en pena. ¡No he visto nada más estrambótico y extravagante! Decía verso a verso, rengloneando como los chicos de la escuela, y con un martilleo y un machaqueo que atronaba al oído. ¡Por Dios, por Dios! Así se recita en...—Y, a propósito. El otro día, el «Paseo Largo» y cerca del Instituto, sorprendí a unos estudiantes, paisanos suyos, ululando y metiendo miedo, canturreando a voz en cuello ¿qué dirá Vd? ¿Unos versos?... ¡La vil prosa de una carta de la Habanera!... (Volví a mirar a los peces).

¡Hombre! le digo. Ya esto es el colmo, y va de cuenta. ¿Está Vd. entonces por la Declamación antigua, por la de los hiposos y la de los llorones?—Estoy por la Declamación española neta, que ni es antigua ni moderna, ni hiposa ni llorona, sino la más bella del mundo. Todavía prefiero la italiana y la francesa antes que la inglesa y la americana. ¿Pero cree Vd. que el cantar los versos es cosa moderna? Pues poco que cantó Rafael Calvo. ¡Ni Garyarrel... ¿Y, Matilde Díez? ¿Y el mismo Don José Zorrilla?... Sólo que éstos cantaban, donde se debía cantar; pero los ingleses y los americanos cantan siempre, con o sin laud. Las obras poéticas, o las

románticas, las cantaban o las declamaban cuando menos. Pero las obras de sociedad... ¡Qué disparate! Esa es la diferencia entre la cota y el frac, entre la trusa y la levita. Ahí está la naturalidad, precisa mente: en trasuntar lo que exige cada época, no en confundir los ambientes y hacerlo, todo, lo mismo. Eso es anacrónico. Además, es también cuestión de oreja y de música. No puedo con la música inglesa ni americana. ¡El funeral, en la iglesia!

—¡Por Dios! le replico. Es usted un español a machamartillo: parece un castellano viejo.—Pues no soy viejo sino nuevo, porque soy «gatito» puro, madre mía de pura cepa.—Bueno; pues escuche Vd, le digo: Ese canturreo que Vd. dice tan americano (¡asómbrese Vd!) no fué importado en Las Palmas de América, sino de Madrid, de su misma tierra.—¡Padre, qué está Vd. diciendo! Jamás he oído recitar en Madrid, de ese modo.—Pues de Madrid vino. Verá Vd. Hace como quince años estubo, en Madrid, Santos Chocano.—Lo recuerdo.—Y leyó su versos en el Ateneo.—¡Vaya si lo recuerdo!—Pues ahí tiene usted la fuente. El poeta recitó sus versos, americanos, en estilo americano. ¿Esto, a Vd. le parece mal?—En una Exposición, no: allí se ven cosas más raras!—¡Hombre! Santos Chocano, dentro de su escuela dicen que recita bien.—¡Oh, en puro americano! Y tanto, que mis madreños, chirigoteros de suyo, decían que era: ¡un gran cantador de guajiras!—¡Oh, por Dios! más respeto.—No exagero. Si viera Vd. me decía un amigo, qué balance se daba cuando decía unos versos: «Soy un Virrey que vuelve»... etc. ¡Era un aire de Habanera!

—De todos modos, vuelvo a decirle, esa declamación americana, si no era mejor que la española, era cosa distinta. Y su público madreño, que se paga tanto de la novedad y que cree que «lo último, es lo mejor», se pagó de ella. Y eso le sucedió a Tomás. Tomás, créalo usted, tiene grandes condiciones de lector y, si en vez de iniciarse con Chocano, se inicia con Zorrilla, hubiera Vd. visto un gran lector «español». Cuestión de escuela.—¿Pero cree Vd. que ese sonsonete puede llevarse al teatro, la escuela, la práctica de la Declamación?—Hombre, según: si al teatro, se lleva ese metro, sí. Porque, créalo Vd. al revés de la nuestra, con la declamación americana, si no se consigue tanto la «cadencia», se consigue mejor la cesura y el «ritmo». ¿No se ha fijado Vd. en el ritmo oculto de los versos de Rubén, el poeta multiforme? No lo encuentra Vd. en final de dicción, como sucede en Lope o Tirso; ni a vista de ciego, como lo pone Zorrilla, sino dentro de dicción: al principio, al medio o al fin del epíteto, que tiene Vd. que rebuscarlo y que adivinarlo. Un verso nuevo, dentro de esta declamación que también es nueva, estará bien de ritmo; con la declamación española, parecería cojo y no lo era. ¿Nos entendemos ahora?... Un verso es forma, y la forma nunca está quieta. Además; ha pasado con el verso del porvenir, lo que con la música del porvenir. Wagner revolucionó en la Música, como Schiller revolucionó en el Verso; y el uno escandalizó a los melodistas, y el otro a los retóricos. Porque Wagner no escribió para la multitud sino para los iniciados, y prefirió lo armónico a lo melódico y el contrapunto al poema, o mejor, hizo poema, del contrapunto. Baudelaire, Ver laine, Rubén, D'Annunzio, Tomás, con Schiller a la cabeza, prefirieron el ritmo antes que la cadencia =

hicieron, poema, del ritmo. No serán populares, pero tampoco vulgares.

En resumen,—me dice mi interlocutor—el mismo Rubén Darío elogió a Ricardo Calvo diciendo sus versos.—Bueno.—«Pero, cree Vd. que puede recitar Tomás, donde recita Ricardo Calvo?—Bueno; yo me aparto de lo que pueda Vd. opinar de sus imitadores, «la corrupción de lo mejor, fué siempre pésima.» Pero, por lo que respecta a Tomás, permítame que le diga: que V. no ha oído recitar a Tomás. Ese Tomás que V. oyó la otra noche, ya no es Tomás. Tomás recitó tres veces solamente: cuando leyó su «Britanica»; en el saludo de Rueda; y en el banquete

de D. Fernando Inglot. Pero allí,—puedo asegurarle,—fué volcánico, ciclópico, grandioso, inspirado y desmelenado como un Teide arrojando llamas... ¡Todavía podía! Después... (En este momento, hubo quien no acertó a disimular una lágrima dolorida.)

¡Cairasco! ¡Iriarte, Viana, Clavijo, Tomás!... ¡Padre Cairasco! ¡Hermano Tomás!... Los PAJAROS VERDES de Africa han revolado dentro de la jaula. Sobre el patio, cae una lluvia de trinos moriscos que aportan la visión de la Alhambra. Un piano nos habla de Albéniz.

(«Diario de Las Palmas», 1921).

Sobre el ARTE DE LA LECTURA

“UNO SOLO ES EL ARTE”

(Conferencia en “Fomento y Turismo”)

Héme aquí, por segunda vez, sobre el “tinglado de la antigua farsa”!...

EL ROSCIO CON ANDRONICO. — La Declamación, el Arte de Bien Decir de los cómicos, —que no es ni mucho menos cosa exclusiva de ellos, aunque sí son quienes más lo cultivan,—es, a más de útil y necesario para todo aquel que se dedique al Arte de la Palabra... (Al fin y al cabo, Demóstenes no hubiera sido Demóstenes sin Andrónico, como Cicerón no hubiese sido Cicerón sin el Róscio: dos grandes cómicos.) Pues bien; digo que, a más de útil y necesario y, por tanto, arte eminentemente práctica, es también un recreo honesto, educador, aristocrático, magnífico y deleitable, como lo es el tocar el piano, el órgano, el violín, el arpa, la cítara, o cualquier otro instrumento músico... El hombre que posee una facultad, —física, moral o intelectual,— no se pertenece. No tiene, por tanto, derecho a enfrasarse, a encastillarse en su torre de marfil como si nada debiera a la sociedad; sino que debe darse, comunicarse, desdoblarse y establecer, con ella, ese comercio superior que se llama “librecambio o intercambio de las ideas”. Y no hay que hacer caso del perro del hortelano. Para eso precisamente está, en Las Palmas, “Fomento y Turismo”: para apabullar los ladridos del perro del hortelano...

CONCEPTO DE CONFERENCIA. — Señores: “Uno solo es el Arte”. (Y voy a entrar en materia.) No voy a hacer un discurso en el sentido estricto de la palabra, sino sencillamente una explicación de clase, una disertación, una perorata, o para llamarla como es, una “Conferencia”, que es casi lo contrario de un discurso, porque lleva la menor cantidad posible de Retórica y la menor can-

tidad posible de Oratoria: la oratoria profesoral o doctoral, magistral, académica o catedrática, la más sencilla, la más espontánea, la más familiar de todas. Pienso además ser más práctico que no teórico: “El movimiento se demuestra andando”. Por eso es que, tratándose del Arte de la Lectura, en esta ocasión leo y no hablo, porque así ya tenéis de antemano como el Ejercicio Práctico de la Lectura, en prosa. Más tarde leeremos en verso, (que es la teoría toda, puesta en práctica.)

EN FRANCIA Y EN ESPAÑA. — Cuanto yo os pudiera decir, desde el terreno didáctico-especulativo, —os soy franco— lo encontraréis mejor expuesto en tres obras sumamente completas, que son para todos como el Breviarium o el Vademecum del buen lector. En Francia, —si no su cuna, su patria escogida— en “El Arte de la Lectura” de Ernesto Legouvé, el inmortal académico de la Francesa, lector imprescindible de elegantes recepciones y su más gran patriarca en la élite de París. Y en España, en dos obras novísimas y, por ende, compendiosas y de un gran sentido práctico y aplicativo: la una, de D. Rufino Blanco de texto ya en las Normales; y la otra, de Pádua Díaz, Preceptiva oratoria sumamente gráfica, que toca muy de cerca el Arte de la Lectura. Una y otra son dos estudios concienzudos, plásticos, y que casi agotan la materia, dos obras contundentes, de profundo análisis y de rigurosa observación científica, en que no se ha olvidado un detalle ni un secreto sobre el Arte de Bien Decir en general, y sobre el Arte de la Lectura en particular. Son dos síntesis estupendas, formidables, maestras, en que se hace ciencia de este arte. Y lo repito: no son más que un Vademecum, un Breviarium de bolsillo, pero plástico, definitivo; y conden-

sado, quintaesenciado en ellos cuanto se ha dicho anteriormente. (Cicerón, más perfecto que Demóstenes, vale menos porque supone a Demóstenes.)

ARTE DE INTERPRETACION.—Y vamos a empezar: "El Arte de la Lectura es un arte de ejecución, un arte de interpretación; y, como para interpretar se necesita de un instrumento, de un instrumento se necesita para leer". Este instrumento es el órgano de la voz, esto es, la garganta, la laringe, los pulmones; y, como es un arte de interpretación, se puede interpretar: la composición propia, o la composición ajena. De este modo, se puede ser compositor, e intérprete a la vez —Litz o Zorrilla—lo cual no es muy frecuente, al menos con igual acierto; o también, mejor compositor que ejecutor, y de ahí el simple compositor; o por el contrario, mejor ejecutor o intérprete que compositor, y de ahí el instrumentista... Pues lo mismo ocurre con el arte de la Literatura (arte de composición) respecto al arte de la Lectura (arte de interpretación.) Por ejemplo: hay quien sabe escribir muy bien, y no sabe en cambio leer—con arte, se entiende—lo que con arte sabe escribir; y por último, hay quien reúne en sí las dos condiciones, lo que no es muy frecuente al menos con igual acierto. En el primer caso tenemos el simple literato; en el segundo, el simple lector; mas en el tercero, el literato-lector, esto es, el artista dos veces.

TRES NOTAS DE UN TECLADO.—Hablando del órgano de la voz, oíd lo que escribe Legouvé: "El órgano de la voz es, más que órgano, un instrumento, un instrumento como el piano. ¿Y que es lo característico del piano? El teclado. ¿Y de qué se compone el teclado? De varias octavas,—seis u ocho,—divididas en tres clases de notas: bajas, medias, y altas, cuyo sonido depende del tamaño de las cuerdas. Pues bien; la voz, tenor barítono, bajo, en el hombre; soprano, mezzo-soprano, contralto, en la mujer, tiene su teclado como el piano. Y a la manera que no se llega a tocar bien el piano sin estudiarlo, tampoco se puede llegar a manejar bien la voz sin el correspondiente aprendizaje". Hasta aquí, el maestro.—Ahora; en la voz del lector, como del orador, como del cantante, hay también tres registros: de cabeza, de garganta, y de pecho. Y en el cantante, y en el orador, y en el lector, existe el arte de impostar, apoyar o fijar la voz y con él se canta, se declama y se dice. Se canta, generalmente, con el registro de cabeza; se declama, con el registro de pecho; y se dice, simplemente, con el aliento, con la garganta o

con el pecho juntos, o por separado, pues se pueden combinar dos o más registros, como se pueden combinar dos o más registros en un órgano o en un piano. — Hay también quien usa lo que pudiéramos llamar un cuarto registro, que es el grito. Hay quien no habla-hablando, ni habla-declamando, ni siquiera parece que habla-cantando. Hay quien habla-gritando... Pero ésto de hablar-gritando o simplemente chillando es sólo un abuso y un vicio del canto y del mismo registro de cabeza. Los malos oradores casi siempre hablan-gritando o hablan-chillando; casi nunca hablan-hablando, como... lo hacen en la vida.

EMOCION Y DOMINIO.—No se puede ejecutar bien al piano una partitura, sin la debida preparación o a primera vista; tampoco se puede leer bien, a primera vista y sin el debido estudio. No se puede tocar bien ni leer bien a primera vista, porque existiría falta de dominio; como no se puede tocar bien ni leer bien, ante escaso auditorio, porque no habría emoción. Para tocar como para leer,—que todo es leer: leer música o leer literatura—, se necesita emotividad, entusiasmo, hallarse en "pose", como dicen los franceses, en "cuerda" como llama el vulgo, o con el "quid divinum" o el "Deus in nobis" que decían los del Lacio; se necesita entrar en situación, según el argot de bastidores; sentir el "trémolo metafísico", que decía un poeta; o, sencillamente, estar en inspiración... Y la inspiración es cosa de calor: como la chispa, es cosa de frotamiento...

VOZ CENTRAL O VOZ MEDIA.—Entre las tres voces que hemos anotado, indudablemente la más apropiada para el lector, como para el orador, como para el actor es la de barítono en el hombre, y la de mezzo-soprano en la mujer, por ser la llamada voz media, la voz central, que lo mismo permite atacar notas agudas de tenor, que notas graves de bajo y, por tanto, es la que puede recorrer más amplio diapasón. Ya lo dijo Racine: "Sin la voz media, no se alcanza la inmortalidad." Y es que la voz aguda, cuando no amujerada y afeminada, es siempre destemplada y estridente y hiere, por tanto, el oído menos delicado, como sucedía nada menos en el gran Castelar cuando empezaba sus discursos. Y la voz grave, por el contrario, se trueca en cavernosa, rimbombante, ululante y llena de ecos y de trapajos. Pero, con cualquiera de las tres, —(esto es Lógica, y es Física, y es Matemáticas) hay que medir el local, hay que graduar la voz según las dimensiones y condiciones acústicas del local en que se emite: que no sea más, pero

ni menos. Por más, como por menos, se perturba la claridad de la frase y se oscurece y empaña la fonética de la palabra.—De un gran togado se cuenta que perdió una vez un buen pleito por haber comenzado su defensa en un tono muy alto, dentro de una sala relativamente corta. La fatiga de la laringe, —dicen— se le comunicó a las sienas; de las sienas le pasó al cerebro. A la tensión del órgano, siguió la tensión de la inteligencia: las ideas se embrollaron y, ofuscado, azarado, desalentado, perdió el pleito. (Histórico).

LECTURA EN LA VIDA PRACTICA.—Señores: El Arte de la Lectura, o mejor, su disciplina o estudio, ayer casi ignorado en España, se abre hoy paso en todas las naciones por escuelas y universidades. Si queréis apreciar la importancia y la necesidad, en la vida práctica, del Arte de la Lectura, oíd el siguiente episodio o diálogo anecdótico que tuvo lugar en París y que le ocurrió una vez a Legouvé. Es sustancioso y tiene su moraleja: "Tuve yo por amigo—dice a un diputado de mi edad, de buen talento, de vasta instrucción y que veía, en la Diputación, el camino para el Ministerio. Un día, que iba a pronunciar en la Cámara un discurso importante, un discurso-ministro, me rogó que fuese a oírle. Acabada la sesión se vino a mí, ganoso de conocer mi juicio: "¿Qué te ha parecido? me dijo.—Me ha parecido, mi buen amigo, que tú no entrarás esta vez en el Gabinete.—¿Por qué?—Porque no sabes hablar.—¿Cómo, que no sé hablar! repuso un tanto amostazado. Parece que mi discurso... —Sí; tu discurso ha sido en parte, excelente; a ratos, hasta delicioso. Pero ¿qué importa todo, si no se te ha oído la mitad?—¿Cómo, que no se me ha oído! Pero si desde un principio he hablado tan alto y tan fuerte?—Cierto, hasta puedes decir que has gritado, como que al cuarto de hora te has puesto ronco.—¡Es verdad!—Hay más. Después de haber hablado "demasiado alto", has hablado demasiado deprisa".—¿Demasiado deprisa! Tal vez un poco, al final, por querer abreviar.—¡Eso es!... Y has hecho cabalmente lo contrario: has alargado. Nada, en el teatro, hace que una escena parezca larga, como recitarla demasiado deprisa. El espectador es instintivo, y adivina, por la precipitación del recitado, que se quiere aligerar lo que de suyo ya es largo. Si no se le previniera, tal vez no lo notaría; al advertírselo, se impacienta.—Tienes razón, exclamó de nuevo mi amigo. He sentido, al final, que el auditorio se me escapaba. Pero, ¿cómo remediar esto?—Muy

sencillo: tomando un profesor de Lectura.—¿Conoces alguno?—Excelente.—¿Cuál?—Samsón.—¿Samsón? ¿El actor?—El mismo.—Yo no puede tomar lecciones de un actor.—¿Por qué?—¡Imaginar un hombre político, un estadista!... Todos los periodiquillos se burlarían de mí, al saberlo.—¡Es verdad! El mundo es tan... estúpido, que te censuraría de... aprender tu oficio..."

SE LEE COMO SE ESCRIBE.—¿Se debe leer como se habla?... (Una cosa es leer; y otra, es hablar.) Se debe leer como se escribe; y raras veces se escribe como se habla. Por eso, leer el verso es tan difícil, porque es puro arte; porque es un arte dentro de otro arte, puesto que el verso ya supone la prosa. Y, para leer bien la prosa, precisa distinguir primero sus diferentes composiciones, (que todas deben leerse de diferente manera), desde el discurso oratorio con todas sus especies; sagrada, académica, política, forense, y, aún éstas, con sus divisiones y subdivisiones (exordio, confirmación, etc.) hasta el artículo o la crónica y la simple gaceta de periódico; y desde la literatura dramática (la más difícil de leer, sobre todo en verso) hasta la novelesca, la histórica, la literatura mística, la apologética, la didáctica, etc. hasta la propia jaculatoria, y los preludios y coloquios de una simple meditación espiritual, (que todo tiene su registro propio.) Nada más extravagante que leer un discurso en tono de meditación, o una meditación en tono de discurso. Como cada nota, en un pentagrama, tiene su sonido y su valor, así cada palabra en toda cláusula u oración gramatical.

SINTESIS O TECNICA.—En fin: leer el verso es tan difícil, porque supone la técnica toda: el arte de mirar, de abarcar, o de enfocar como hace la lente, —primer requisito—, la mayor visual de composición: mirar dos o tres líneas o renglones, de una sola vez; el arte de respirar, o economizar el aire de los pulmones—, segundo requisito; el arte de hablar con el aliento o sin eco; el de hacer silencio; el de transportar o impostar la voz desde sus tres registros: de cabeza, de garganta, y de pecho; el arte de puntuar; el de pronunciar, (que no puede ser en provinciano, sino en castellano;) el de vocalizar y frasear, que es su inmediata derivación; el de leer con verdad, como querían los latinos, cum veritate (que es una cuestión de Gramática—análisis y régimen—) porque nadie sabe leer sino el que sabe entender, según la máxima de Cicerón: "Dicere (seu legere) bene, nemo potest, nisi qui prudenter intelligit". "Nadie puede decir (o leer) bien,

sino el que entiende prudentemente". Dicere, esto es, decir... o leer, que da lo mismo para el caso. (El lo escribe hablando del orador, "De Oratore", su inmortal tratado sobre elocuencia.) Supone, además, el arte de leer con belleza o con pulcritud, cum pulchritudine, (que es una cuestión de Retórica, o mejor, de Poética, —matizado, modulado, dinamismo, inflexión, colorido, etc.—lo que constituye la Eufonía o la música de la palabra.)

LA ORQUESTA Y EL SOLISTA.—Con este arte, presentan grandes analogías: el arte Oratorio, el Canto, y la Declamación Escénica, que, con la Lectura, hacen las cuatro ramas del mismo árbol o las cuatro especies del mismo género, a saber, el Arte de Bien Decir, y el Arte Mímico, o la Declamación y la Mímica. Ved cómo no es exclusivo de los cómicos! La declamación y la mímica del orador frente a la declamación y la mímica del actor son dos especies, pero un mismo género.—Y bien; sobre las tres primeras especies, el arte de la Lectura ofrece más ancho campo y, por eso, mayor dificultad... No todo actor será buen lector, ni todo lector será buen actor. Porque el actor, —aparte otras consideraciones—, en una obra, lo mismo que el cantante, lo mismo que el orador, no tiene que encarnar más que un solo papel, en tanto que el lector los encarna todos, en una lectura general. Por eso, "el cantante, como el actor y como el orador, —ha dicho Carlos Dickens—, es un solista que toca en una orquesta; mas el lector es toda la orquesta: tiene éste que figurar todas las edades, las situaciones, todos los caracteres, cambiar a cada instante de voz, de fisonomía, de sentimientos". El actor, como el orador, como el cantante, ejecutan la partícula; mas el lector, toda la partitura. (Esto, tratándose de una misma obra, y en lectura general.) Pero cuando, en una misma lectura, se lee no una misma obra, —hablo de la obra dramática—, sino varias obras dramáticas o varios fragmentos de ellas todas diversas, el lector, a la inversa del actor, se hará un transformista, un Arlequín, un Proteo y, como el pianista o como el organista, se verá precisado a cambiar de registro a cada pieza y cada diverso motivo de una misma pieza. No se puede sostener un solo carácter en solo ese acto, sino una multiplicidad de caracteres. ¡Y esto, señores, es lo más difícil!

WAGNER O VERDI.—Pero aún hay más. Aparte las dificultades ya establecidas, es lo más difícil porque es preciso leer los versos, no como se lee la prosa, sino como se leen los versos. Y hay tantas maneras de

leer los versos, como maneras de hacerlos. No se puede leer a Calderón, como se lee a Tirso; ni se puede interpretar a Moreto, como se interpreta a Lope; ni a Lope, como se lee a Zorrilla; ni a Zorrilla, como al Duque de Rivas, como a López de Ayala, como a Campoamor, como a Gabriel y Galán; ni mucho menos como a Eduardo Marquina, como a Juan Ramón Jiménez, como los Machado y como a Villaespesa. ¡Una cosa es interpretar a Wagner; y otra, a Verdi!... Porque es así; porque leer es traducir. Y la traducción, para ser buena, debe "trasuntar" exactamente el genio que interpreta. Por eso; cuando se escribe en español, en espíritu español, y en ambiente español, hay que leer también en español; y si en francés, en francés; y en italiano, si en italiano. De ahí el americanismo, el martilleo sonoro, el canturreo exótico, la monotonía, la languidez, la melosidad, hasta el sonsonete importados de América hace algunos años por Santos Chocano, para interpretar a Rubén, a Nervo, e interpretarse a sí mismo. Porque "Recitar", vale tanto como "Decir", como "Declamar", como "Cantar", porque el poeta dice, declama y hasta canta. Se dice, generalmente, en la comedia de sociedad; se declama en el drama; y se canta en el drama romántico y en todo momento lírico de la comedia, del drama o de la tragedia. Además, no sirve leer al poeta como se lee al prosista; ni leer los versos como se lee la prosa, no. Al poeta hay que leerlo como poeta: y, puesto que en los versos hay ritmo, es menester sentir el ritmo; y, puesto que hay rima, es menester hacer sentir la rima; y, cuando los versos son pintura y música, se debe ser, al leerlos, pintor y músico... Con todo; ni el ritmo ni la rima deben llevarnos nunca al rengloneo. En un hábil término medio, fuerte y suave, un-si es-no es-supremo está su difícil facilidad. Lo que decía un gran artista a otro artista: "No existe el público... Mucho ojo que está allí..." ¡Ved si el leer los versos implica, o no, dificultad!

CARRETA DE SALTIMBANQUI.—Sin embargo, tiene sus ventajas. Y es que el Arte de la Lectura, a la contra del arte escénico por ejemplo, se puede llevar a todas partes, lo mismo a la aldea que a la ciudad, al castillo veraniego que al balneario, porque no exige ajuero, ni indumentaria, ni tramoya alguna. ¡Ni siquiera histriones! Si debajo de un árbol, en pleno campo, hay un lector, un oyente, y un libro aceptable, allí se improvisa un teatro. Y es bueno que esto sea así. Hay obras en todas las galerías, que, o por falta de personal, o por falta de decorado,

no pueden llevarlas en repertorio las modestas compañías de provincia. Examinad el fuste de actores del antiguo teatro clásico y el lujo de detalles del llamado "Teatro Poético", y veréis la verdad de lo que os digo. Es doctrina de críticos autorizados que la desaparición en España del teatro en verso, —si no el más real, el más artístico y poético—, se debe a la desaparición de la escena de figuras descollantes como Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Don Julián Romá, Rafael Calvo y Don Pedro Delgado. Opinaba recientemente un crítico, ocupándose de los alumnos del Conservatorio, que el teatro apellidado "Poético" no había dado el resultado apetecido, más que por otra cosa, por falta de actores, o más bien, de recitadores. Y añadía que, si se exceptuaban dos o tres figuras que se habían formado en aquellas escuelas, apenas si había actor en España, con haber algunos tan sensatos y geniales, que supiese recitar siquiera una redondilla.

LA PANTALLA Y EL CUPLE.—Esto, señores desdichadamente es cierto. Pero debemos hacer justicia. No tienen toda la culpa los actores, —recojo el sentir de gran parte del público—, sino los actores, los autores, y el mismo público, esto es, el gusto o el mal gusto de la época, época de estrago, de pantalla y de cuplé, época de revista y alta comedia, de lo que les han dado en llamar la alta comedia: la taza de té y todo frivolidad. Pero, para ésto, no se necesita ser actor: basta ser elegante y saber vestir frac y pisar alfombra. Ha sido el escudo de los actores sin facultades. Dicen ellos: "es que resulta más difícil llamar la atención, tomando una taza de té, que gritando: "¡Madre!"—Y decimos nosotros: es que no se puede "llamar la atención" tomando una taza de té, sin faltar a la verdad y sin faltar al arte. Lo repetimos: Ha sido la disculpa de los malos actores. Y no es nuevo. Hay que convenir en que desde los tiempos de Tamayo Baus y aún desde antes, desde Moratin, Gil de Zárate y Ventura de la Vega en que se instauró en España, definitivamente, el teatro en prosa hasta nuestros días (pasando por la segunda fase de D. José Echegaray, Benavente, los Quintero y el mismo Muñoz Seca) los actores que hoy conocemos se han formado casi todos. Al fin y al cabo, el teatro en prosa se les ha en ese teatro. No tienen, pues, toda la culpa, más fácil, mucho más cómodo, y... hasta más barato, pues las obras salían hechas casi de manos del autor, y los actores apenas si tenían más trabajo que vestirlos y hablarlos, pero... como se viste y se habla en sociedad.

No se necesitaba ser genial, ni siquiera actor de talento. Bastaba con ser... "discreto".

EL VIOLIN DE PAGANINI.—Y a propósito de Matilde Díez, la gran recitadora, oigamos, de "Recuerdos del Tiempo Viejo", de D. José Zorrilla, el siguiente juicio, que es lapidario: "La voz de Matilde—decía el poeta—tenía esta afinidad con el violín de Paganini: que, al romper a hablar, se apoderaba de la atención del público; hería, al mismo tiempo que el aparato auditivo, las fibras del corazón, y el público ya era esclavo de su voz, y le seguía por y hasta donde élla quería llevarle, con una pureza de dicción y de pronunciación que hacía percibir cada sílaba con su valor propio, y hasta la diferencia entre la c y la z y la doble s final y primera de dos palabras: "los sabios". Matilde, —añadía Zorrilla—, no se había dejado contaminar por aquel revolucionario lirismo de la lectura y recitación salmodiada: élla recitaba sencilla, clara y naturalmente saliendo de su boca los períodos y estrofas como esculpidos en láminas invisibles de sonoro cristal; y los versos y las palabras, como perlas arrojadas en un plato de oro. "Me ha dicho un profesor: "Hoy la gran excepción la constituye doña María Guerrero. De élla podría decirse lo mismo que de Matilde Díez. No hace... (¿habéis oído cantar a María Barrientos?) No hace María Barrientos —la insuperable—, ni más bordados, ni más filigranas, ni más arpegios, ni más trinos con su garganta de pájaro y en sus colosales fermatas, que María Guerrero, con la suya, recitando versos; no cabe más. No es hiperbole. Sobre todo, en el teatro clásico, —que es su centro—, no cabe más, no se puede más".

VOZ. VOZ. VOZ.—Entre los lectores célebres que ya pertenecen a la Historia podemos señalar, en estos últimos tiempos, en Francia... en Inglaterra... en Italia... en España... etc., etc. En Las Palmas también se lee con arte. He oído leer a hombres de carrera, a poetas, a literatos, hasta a señoritas, con bastante arte. No será esta Ciudad la primera, ni tampoco la última en ese orden. ¿Qué más diré?... No se debe declamar nunca ni leer como lo hace otro; no se debe imitar: la imitación es siempre un arte inferior; no se debe copiar al menos literalmente, porque el prototipo o el ideal por lo mismo que es "ideal" es incopiable, "irrealizable". Pero sí se deben enderezar las facultades por las sendas del arte. Buscad, ante todo, el Arte. Ahora yo os digo: pero buscad el Arte, si tenéis ya la Naturaleza. Porque os sucedería lo que a aquel célebre obstina-

do de que hablaba Gounod que, después de aprender reglas y reglas para cantar, se encontró que no podía hacerlo, porque... aún le faltaban tres cosas: Voz, Voz y Voz, esto es, Naturaleza. Porque el Arte, señores, se ha hecho para perfeccionar la Naturaleza, pero no para crearla.

ENTENDER Y ATENDER.—Señores: El diario de esta localidad, "La Provincia", ocupándose una vez, —indulgentemente—, de uno de mis modestos sermones, hacía resaltar la influencia y participación tan directa, que, aparte el orador, ejerce el público en todo discurso. Y esto señores que aún estoy por saber quien lo escribió, fué, a más de una nota de exquisita discreción, un juicio bien atinado sobre preceptiva del orador. Pero me permitiré añadir: y no es sólo sobre preceptiva del orador, sino sobre preceptiva del lector y aplicable, por tanto, a la Lectura como a la Oratoria. Porque la Oratoria como la Lectura, aunque no lo parezcan, no son nunca un monólogo, sino un diálogo, un constante y verdadero diálogo que se establece tácitamente entre el orador o el lector de una parte, y el público que oye, por otra. El orador debe saber hablar, y el lector debe saber leer. Pero el oyente debe saber escuchar. No todos saben "oír". Hay que saber entender: y no se sabe entender si no se sabe atender. Ved, Sres. que la atención por parte del oyente es también una condición indispensable para la buena lectura. Y tanto, que donde no hay un buen oyente, no puede haber nunca un buen lector, porque el oyente, respecto del lector, es su mejor termómetro. De modo, que el lector, —aunque no parezca—, no lee solo, sino con el público.

EGO GERAM VICE COTIS.—Ahora señores una invitación. Pudiéramos nosotros saborear a los clásicos. Pudiéramos recitar a los clásicos entre vosotros y yo. Lo dicho: "La Lectura es un arte de ejecución como otro cualquiera, (aquí mi retornello). Y lo mismo que el pianista se vale de un instrumento, para ejecutar, que es el piano, nosotros podemos valernos de otro instrumento, para recitar, que es la "voz". Y como el pianista interpreta a Beethoven, a Mozart, a Litz, a Chopin o a Bellini, nosotros pudié-

ramos recitar a Dante, a Lope, a Shakespeare o a Calderón. ¿Qué más dá? Arte por arte. Se puede preparar y desempeñar un programa de Recitado, como se prepara y desempeña un programa de Música: canto o piano... Pero no yo, sino vosotros mejor que yo, podréis hacerlo cumplidamente. Hasta aquí—y sin darnos cuenta—, hemos venido haciendo como el Ejército Práctico de la Lectura, en prosa. Tan sólo para salvar la Conferencia con el otro Ejercicio Práctico de la Lectura, en verso, recitaré unos breves parlamentos a modo de ensayo. No es ésta la mejor ocasión para recitar verso, después de una hora casi de Lectura en prosa. Quiero solamente ver si con éllo despierto la afición entre vosotros: nada más. Lo hago por vosotros y por no truncar la Conferencia. Y también: yo no sé recitar. Lo repito. Lo hago por vosotros, y por no truncar la Conferencia. Yo no sé declamar. Podría decir con Horacio: "Yo no sé hacer versos, sino reglas: yo sólo haré el oficio de la piedra de afilar. Dejádmelo decir en latín: "Ego geram vive cotis". Yo haré las veces de la piedra de afilar" (que élla, aunque de por sí no corta, hace que corte el acero). Yo no aspiro más que a una cosa: a estimularos, a promoveros, a iniciaros en este arte los que todavía no estéis. Que, como secuela o fruto de esta pobre Conferencia mía Sobre el Arte de la Lectura, llevéis desde hoy a vuestros salones el Recitado junto con la Música; y que, frente al busto glorioso de un Méndelsson, o de un Schumann, o de un Basch, o de un Rossini, coloquéis, con el mismo honor y respeto, el busto laureado del Dante, de Schiller, de Byron, de William Shakespeare, y que sus dos lirás se abracen como una sola. ¡Uno sólo es el Arte!...

EL TINGLADO DE LA FARSA.—Ya me parece que cruje la carreta y asoma la farándula... Taconea el coturno... Trajina el coturno... Sonrió la carátula. El histrión hizo ya el desenfardo de sus lonas y vuelca, desde hoy, su barraca o parapeto en el recodo de la plaza pública... Ya está dispuesto el tinglado... Ya atruena el tambor... Ya comienza la farsa...

He dicho.

JUICIOS de la Prensa

Otra vez «Fomento y Turismo» quiso regalarnos unas horas de dulce espiritualidad y llamó a sus salones a un sacerdote joven, que hace de su apostolado cristiano una feliz y continua plegaria artística, porque todo para él tiene motivos y secretos,

imcomprensibles para quienes carecen de gusto depurado. Porque Díaz Quevedo, a más de ser sacerdote, temperamento de gran corazón y cerebro, es todo eso: artista puro y depurado. El nos cuenta observaciones tan finas, tan sagaces, tan originales,

—en fuerza de ser por todas miradas, pero por pocos vistas,—que pronto nos subyuga con su verbo sonoro y cordial.

Y se levantó el Disertante, que logra en todos sus discursos la incondicionalidad de cuantos auditorios tienen la suerte de oírle. Y comenzó diciendo: «Qu» subía por segunda vez al tinglado de la antigua farsa», esa farsa, desgraciadamente hoy decaída, y floreciente hasta hace pocos años, cuando eran más intensos los entusiasmos por la Declamación, entre nosotros. Y nos refirió confidencias de sus primeros escauceos por la escena, cosas de sus familiares y de sus amigos, hermanados con él doblemente por el lazo de idénticas aficiones. Y, luego, en pleno dominio del tema, entró como un maestro en la didáctica principalísima de sus ilusiones: la Lectura, el Bien Decir, el Bien Hablar,... y nos leyó tan bellamente, tan emulivamente, tan ricamente, que no vibraba en el amplio salón otro aleteo que el de los almes sobrecogidas por la voz subyugante y poderosa del sacerdote-poeta.

Sus explicaciones acerca de las diversas artes de La Lectura sostuvieron la atención del numeroso público durante casi una hora larga. Salían tan limpias, tan claras y justas sus palabras, que ni se consiguió nunca más interés, ni por mucho tiempo se olvidarán sus enseñanzas. Nos reveló una cultura nada ordinaria, moderna, bien orientada y mejor escogida. Trajo unos primeros pasajes de otros sacerdotes-poetas (Calderón, Tirso, Lope) que adquirieron

en su voz, más cadencia, más eufonía, más belleza, si cabe, hechos vida palpante en los tonos irreplicables de Díaz Quevedo. Las señoras y los caballeros seguían al unísono las ductilidades del conferenciante distinguido; pendían de sus labios, que tantas policromías sabían desgranar, y era preciso contenerse para no romper aquel formidable encanto con el tremante y vigoroso espasmo que pugnaba por estallar en ovación... Y, cuando terminó la primera parte de la Conferencia,—teoría y práctica de la Lectura, en prosa—era cuando más se deseaba que continuase. El Sr. Díaz Quevedo, como siempre, se adueñó de todos, y todos sentíamos esa vaga desazón de no seguir oyendo ideas, como las suyas, brillantísimas, esculturales, inconfundibles...

Un rato de descanso para el lector, un poco de música de Haydn, y otra vez el regalo sorprendente de la Lectura. Díaz Quevedo subió nuevamente a su marco,—donde él está bien y justo,—la tribuna, que nos hace recordar con él su verdadera y trascendental importancia. La segunda parte de la Conferencia estaba dedicada al ejercicio práctico de la Lectura, en verso. Recitó de «La Vida es Sueño», de «El Zapatero y el Rey», de «El Alcázar de las Perlas» y otras, dándonos el lector realce y matiz extraordinarios y, sobre todo, sentimiento y sinceridad extraordinarios. Debemos decirlo. Fué una Conferencia para gran Capital.

(«Diario de Las Palmas»).

EL ARTE de la LECTURA

A Don Juan DIAZ QUEVEDO

Amigo: No es tarde. Su tema está siempre en actualidad. Una desgracia de familia, muy reciente, tan dolorosa hoy como en el primer día, no me permitió asistir a la Conferencia teórico-práctica sobre el Arte de La Lectura, dada por V. en «Fomento y Turismo». Pero, a los pocos días, recibí impreso su opúsculo tan interesante, fuerte y nuevo: bellamente escrito, bellamente pensado y que debió ser también bellamente declamado. Lo leí con atención y con cariño; doblé sentimentalmente su última página; pasé mis ojos, entonces inciertos, por las líneas amables y halagadoras que en honor mío escribió V en su portada, y lo dejé sobre mi mesa entre papeles íntimos y de trabajo. Y entre papeles íntimos está, porque guarda para mí — «su primer maestro en la pluma»—todo un tesoro de afectos...

En ese libro tan breve, tan compendioso, tan artísticamente hecho, ha de ver Vd. algo muy personal y risueño, un rasgo acaso de lo mejor de su vida. Ha de encerrar una parte de las bellas ilusiones que asaltan a todo hombre joven al influir según su vocación, en las gentes y en el ambiente que le rodean, pues toda obra hablada o escrita,

llena de los prestigios de la iniciación, pesa por modo indefectible sobre los espíritus de los que caen bajo el círculo de su maravillosa luz. A mi ha llegado, en las páginas de ese pequeño folleto, el mismo deleite que ha de sentir Vd. al contemplar difundido su propio pensar. Si no ha llegado a todos, ¿qué importa? Hay que discurrir y apartar a un lado la banalidad y sequedad de las masas vulgares, insensibles a los puros ensueños.

Para los que le oyeron y le aplaudieron, ese pequeño libro les pondrá presentes la deliciosa fiebre y el ardoroso decir con que fueron declamados, el calor de su verbo, la elegancia de su frase, la palpación de vida y de actualidad que puso usted, pontificalmente, en sus labios. Hablar como V. habla, con palabras sonoras y armoniosas, es comunicarse con el público, cordial y eléctricamente; es laborar con triunfo en materia viva y cálida, y descubrir el propio éxito en el semblante de los que le rodean pendientes de su palabra. Habla Vd. con una virtud poderosa: prende Vd. en los espíritus exquisitos y sensibilizados con la bocina de un bello énfasis, y sus palabras penetran así más hondo y llegan más lejos.

Dolor que se pierda todo ese perfume y

toda esa vibración, cuando lo hablado se encierra en las páginas de un libro: "Una lectura expresa menos que una oración", le ha dicho magistralmente Calpena. Pues un libro, aún menos que una lectura. Un libro es algo frío y algo muerto. Las palabras ya no suenan sus fanfarrias de clarines y no tienen el omnisonante clamor de sus ecos. La palabra, inanimada y durmiente, sin los prestigios de un arte plástico y orquestal, no suena como un canto; no guarda las bizarrías artísticas de los grandes maestros del habla, ni es el instrumento músico con que se ha deleitado y se ha maravillado; no tiene la nerviosidad y la sugestión que escalofriaron nuestros cuerpos, porque ha perdido asimismo las pompas radiantes que, a sus deires, saben imprimir los troveros, grandes señores del ritmo.

Porque ha hecho Vd. de la Lectura, un arte bello. La Lectura, en verdad, es arte; es enunciadora de formas; es transformadora del sonido en verbo palpitante y vivido; es productora de obras, si no libres, originales

y nuevas; es interpretadora de todas las literaturas; es la creatriz de los láuros de los más altos y geniales poetas. Si dejara Vd. de ser artista-escritor, continuaria siendo arista-lector, como el músico que interpreta maravillosamente y no compone, sin embargo, piezas musicales. Y hay más, —a mi entender—, en la Lectura, facultad del hombre que crea producciones: el lector-artista hace suyas, de cierto modo, las obras de los más admirados literatos al enunciar y emplear la palabra-hablada como signo de interpretación de la palabra-escrita. Es tal el encanto, el sentimiento, la pasión que puede el lector suscitar en lo que lee o interpreta, que la obra pasa a ser como suya propia. En cierto modo, crea. Arranea sonidos, modulaciones, timbres peregrinos que ni el autor soñara. Y si, el alma del oyente, pone el oído atento..., oirá los sonos de todas las líricas, gustará la magia de todas las armonías, y sentirá el latir del corazón de todos los poetas...

ARTURO SARMIENTO.

NO ALCANCÉ un libro

Amigo y sacerdote: Yo no sé si estará usted quejoso de mi silencio. Todas mis amistades se van juntando en la misma queja. Ni en la anchura de las horas de mi vida rural, puedo abrir mi tiempo. Ahora no soy tan culpable. El viaje fatigó a la pequeña; y nuestra parada en Alicante se prolongó algunos días, más de los que todos nos prometíamos. Yo vine solo a Polop para acomodar la casa, y después volví en busca de los míos. Y otra vez a Polop, con una impedimenta enorme. Tantos cuidados, tantas preocupaciones, no me dejaron atender ni al goce del camino...

Ya tenemos más sosiego. La hija mejor. Estamos contentísimos de nuestra paz campesina. ¡Llevábamos nueve años lejos de nuestro paisaje! ¡Imagine cómo lo miramos! Todavía no alcancé un libro, ni escribí una cuartilla; pero he leído su Conferencia.—Es usted, principalmente, orador: sus palabras

no parecen escritas para ser leídas, sino recogidas después de pronunciadas. Hay siempre, en su prosa, un ímpetu y casi una sonoridad que brinca, y revibra, y acciona... ¡Fué una lástima! Ni su arrebato de orador, ni la misma arquitectura de la Conferencia pudieron consentirle un íntimo tratado del "Diálogo que se establece entre lector y público", y el análisis de la "Atención", para mí los puntos de más capital interés.

Como yo no renuncié a la esperanza de reunirnos en Barcelona antes de su partida, entonces podremos hablar más reposadamente de sus páginas. Y, gracias por la cita que usted hace de mi nombre. Sabe todos le saludan con mucho cariño, y yo le abrazo y le reitero mi más inquebrantable amistad.

GABRIEL MIRO.

POLOP de la Marina. (Alicante.)

Rectificar, SIN EMBARGO

A. Don Juan DIAZ QUEVEDO

Antiguo amigo y compañero:

Vas a saber mi juicio franco y leal acerca de tu Conferencia sobre el Arte de la Lectura, tema tan de mi agrado.

Se conoce—y esto no se me escondía,—que dominas el asunto por completo y que, ese arte de interpretar bien a viva voz las páginas escritas, no tiene secretos para ti. Dominas la materia; dominas la teoría y la práctica de la materia y nada, por tanto, se te escapa en tu síntesis: barajas reglas,

máximas y preceptos; y, como verdadera autoridad que eres, aportas, al acervo común de tratadistas y preceptistas, tu juicio propio. Pero escribiste una síntesis y se hace preciso un análisis. Lo comprendo. A mí me sucedió lo mismo en análogas ocasiones. Hiciste una Conferencia donde se tasa el minuto, atendido el lugar y el concurso de gentes. Hiciste bien. Y debemos rectificar, sin embargo. Es pena que esa labor, de diez y nueve a veinte páginas, quede ahí y no en un libro, más o menos abultado, por entre cuyas páginas se pasee reposadamente el arte. Debes hacer un tomo donde, sin prisas y sin tener que mirar al reloj, puedas desarrollar tu tema maravillosamente enseñando a los demás tus innegables conocimientos del arte del bien leer.

Aunque, a decir verdad, así como el mejor discurso sobre la pereza es sencillamente echarse a dormir, el de la enseñanza acerca del bien leer es

escribir para que «nos oigan», para leer nosotros en lugar de que «nos lean». El ideal sería que tú, excelente lector, «leyeses» los capítulos de tu libro. Y como un libro de tal naturaleza sería susceptible de varias «audiciones», ya tienes ahí una serie de conferencias donde «con perfección, irías ilustrando a tus discípulos—que serían muchos,— sobre la escondida música que vibra al través de nuestros prosistas y sobre todo al través de nuestros grandes, de nuestros esclarecidos poetas.

Con al esperanza que te decidas a tan alto y bello magisterio, se repite a tus órdenes—como te expresaba en la dedicatoria de uno de mis libros—«tu siempre camarada en Grecia, y amigo en todas las latitudes.»

E. ROMAN CORTES

S. Vicente de la BARQUERA. (Santander).

La Mesa del ZAPATERO

(Crítica Social, digna de "Clarín" o "Fígaro")

Homenaje al DEAN LOPEZ MARTIN

“La Humanidad—decía Maese Pedro—es como la mesa de mi taller, en cuyos utensilios están gráficamente representados los diversos caracteres que en mucho distinguen a la especie humana.

Allá, el escenario es el mundo; su director, Dios. — Aquí, el universo es mi mesa; y el que dirige soy yo. Veamos:

Hay individuos-martillos: Para estos, el placer más grande y la ocupación predilecta (muy conformes por cierto con el oficio y naturaleza de aquel útil, indispensable en mi taller) es golpear, maltratar, vejar... — Individuos-suelas: bajos, arrastrados, apegados a vivir bajo las plantas de otro, aduladores que sorportan el insulto y el desprecio... — Hay individuos-cuchillos: cortantes y alevosos, como el insulto, por las armas que esgrimen; calumniadores, que infunden pánico y miedo en la Sociedad... — Individuos-lesnas: pérfidos, agudos en sus instintos depravados y corrompidos; con cabos de hombre de bien y trajes de ciudadanos pacíficos, pero que enconan las heridas...

Individuos-cera: picaros, flexibles a todas las situaciones, a las que se amoldan fácilmente... — Individuos-tachuelas: que, a semejanza de las que tengo aquí, en mi mesa, hiere al que, confiado, le tiende las manos para levantarlos; penetrantes y agudos

de maldad... — Individuos-hilazas: ambiciosos, con pretensiones de grandes; enredadores y prontos a estrechar al incauto que caiga en sus madejas... — Individuos-betún: Esta es especie muy original. Se creen una categoría, presuntuosos, echándolos siempre de grandes y de nobles... Con frecuencia, tienen un “amigo” que les da realce y tono. Este amigo hace el oficio de los cepillos...

No hay duda de que este buen zapatero o maestro de obra prima (llamémosle así para no rebajar la honrosa profesión ni herir susceptibilidades) era ingenioso y observador. Y sin embargo, no echó de ver un “Universo” de su mesa, otros utensilios trebejos, con los cuales tienen inevitable semejanza muchos de los hijos de Adán y pocas entre las hijas de Eva. (Tan cierto es que “nada es igual a nada”; como, por el contrario, que “todo se parece a todo”.)

En efecto: — Yo descubro, sobre el bufete zapateril, mezclados en pintoresco desorden con los demás objetos, la lima: armada de finísimos dientes y agudas puntas de acero, cuyo oficio es rascar, rozar y roer; las tenazas: uñas férreas y corvas que sirven para asir, apretar y agarrar; la pata de cabra: cuyo destino es lujar o dar lustre a la suela y al tacón; el zapato: que no necesita descripción; y por último, el chanco: zapato, des-

hechado, sucio y roto, rebelde a los remiendos e incapaz de buen arreglo.

Pues bien. A poco que se estudie la humanidad, descúbrese, aún por el más corto de vista, el hombre-lima: armado de los agudísimos dientes de la envidia, ocupado constantemente en rozar, morder y roer la honra del prójimo, mermando y hasta destruyendo las más sólidas y bien sentadas reputaciones, unas veces por medio del estrépito y del escándalo; y otras, hipócrita y silenciosamente, como la lima sorda, cubierta de plomo para evitar el ruido.—De todas las especies de hombres-limas, es esta última la más temible, porque contra ella apenas hay defensa. Viene a ser como el "agua mansa" de aquel conocido proverbio: "Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libraré yo".

Es asimismo notorio y digno de estudio, el hombre-tenaza: agarrado, ruín, tacaño, cicatero que no suelta lo que atrapa; y que, al fin, o saca el clavo, o lo deja sin cabeza. Y lo peor de esta especie es que, mientras agarra con la tenaza, envenena con el aguijón de la cola, a guisa de alacrán.—El hombre-pata: ofrece muchas variedades, bien porque todo lo hace a la pata la llana; bien porque siempre mete la pata por fas o por nefas; o ya también porque, a lo mejor, sale con una pata de gallo, como los antiguos leprosos.

Pero descuella, entre todos, el pata de cabra: variedad que presenta especial parentesco con el demonio, de quien afirman graves autores que tiene la pata hendida, como aquel desdeñable rumiante. El hombre-pata de cabra ejerce en el mundo uno de los oficios más miserables y abyectos. Así como aquel zapateril instrumento sirve para dar brillo a la suela y al tacón (que es lo más bajo del zapato), así también el individuo de esta especie, se entrega al feo vicio de la lisonja, a la rastrera y desagradable adulación. Extiende diploma de sabios a los toncos y expide patentes de honradez a los pillos. Y esto, no sólo porque la adulación suele ser cabra de buena leche, sino por otra razón menos utilitaria aunque más profunda, expresada por los antiguos con esta gráfica y sustanciosa frase: "Asinus asino", "su sin pulcher", que pudiera libremente traducirse: "el asno al asno" y "el cerdo al cerdo alaba", y que tiene bastante analogía con el refrán: "lo que la loba hace, al lobo le place".

El hombre-zapato, ya sea bota, escaquin o chinela, ofrece gran parecido con estos humildes artefactos. De la misma manera que sirve el calzado para cubrir y defender los

pies, que son las partes más bajas e inferiores del cuerpo, así también el "hombre-zapato", que no conoce la delicadeza ni la dignidad, se somete a las más bajas humillaciones, se convierte en defensor de las más reprobables conductas y en encubridor de las mayores felonías.

El zapato, podrá ser muy bonito y elegante. Podrá estar ricamente ataviado con lujosas cintas, ricos broches y costosas hebillas. Podrá ostentar finos metales, lindos bordados y espléndida pedrería hasta cautivar la atención de gomosos y dandis... No importará. Siempre resultará un trasto despreciable y asqueroso.—No de otro modo el "hombre-zapato", podrá acumular honores, títulos, dignidades, condecoraciones, destinos y pergaminos. Podrá el "cepillo" darle todo el "betún" que se quiera. Y la "pata de cabra" lujarle y relujarle hasta ponerlo resplandeciente... Todo es inútil: nada, ni nadie podrá hacerlo caballero. Nunca dejará de ser "zapato", y no hay que esperar de él sino... zapateos y... zapatetas...

Por último; el "hombre chanco" es el colmo de todas las bajezas y miserias humanas. Es aquel de quien decimos: "no llega a la suela de mi zapato".

Y a la verdad el "chanco" fué primero "zapato"; pero ha perdido esta "noble" cualidad para jamás recobrarla. ¡Qué más quisiera él que recobrar su pristina dignidad!—En una palabra, el "hombre-chanco" es un verdadero desperdicio de la humanidad. Está definido sólo con decir que... no hay por dónde cogerle. Es como aquel infeliz adulador, que vió Dante en el infierno, sumergido en hediondo y nauseabundo foso en donde desembocan todas las letrinas humanas, embadurnada la cabeza con todos los detritus, materias fecales, fétidas, rancias y hediondas: "E mentre ch'io con l'occhio cerco—Vide un col capo sì di... lordo—Che non pareva s'era laico o cherco"...

Por fortuna, no todo en el mundo es zapateril.—Hay también, aunque con bastante escasez, la Mesa del Lapidario y el taller orifice, entre cuyos utensilios se descubren hilos y barras de plata, pepitas, láminas y canutillos de oro, sartaes de perlas, topacios orientales, encendidos rubíes y purísimos diamantes.

JOSE LOPEZ MARTIN.

1899.—Las Palmas.

EL CRISTO de Luján Pérez

(Estudio de Arte, canario e inspiradísimo)

Homenaje a ROMERO QUEVEDO

Sin el reverdecer perenne de la leyenda que perpetúa, en la Patria, el Cristo de la Vega; ni el renombre artístico, que rodea en el mundo al de Montañez; el de Luján Pérez, que expuesto a la admiración pública pudo enardecer la fantasía de nuestro pueblo romántico y crear la estética de nuestras generaciones rezagadas, ha tenido el triste y nunca bien llorado privilegio de sufrir y pensar largamente las añoranzas y nostalgias de la celebridad, en el frío desamparo de las Sala Capitular de la Basílica de Canarias, estrecha prisión de su mérito e incómoda cárcel de su gloria.

Contrista el ánimo esta ingratitud del destino, este nuestro gran pecado de indiferencia y abandono. Vino a nosotros y nosotros no conocimos esta maravilla del arte y este soberano poder del artista. Si la divina gracia del genio dispuso sus halagos y trató, llana y familiarmente, a algún hombre de esta tierra, sin duda alguna fué a Luján Pérez, cuya figura gigantesca sólo ha de contemplarse entre el abismo de sombras espesas y brutales que le circundó, y el abismo de luz infinita, clara y diáfana de sus obras: obras que, si en su valor absoluto, no llegan a lo más encumbrado; en su valor relativo, pesando los medios de que su autor dispuso, no se achican ni ceden la palma ante las de los maestros más excelsos. Este hombre prodigioso es palabra eterna y ejemplo vivo del más amplio, fecundo e indiscutible atributo que puede encarnarse en la humana naturaleza. En la historia de su vida y el estudio de sus esculturas cobra plasticidad la alta procedencia del don de sus inspiraciones, en tan sublime grado concedido, que casi pudiera afirmarse haberle sido otorgado para proclamar la omnimoda independencia del arte, y dar, aunque lejano, trasunto de la idea por cuya virtud concebimos que todo ha podido nacer de la nada, menos la Divina Omnipotencia de quien todo procede.

Por incontrastable y avasallador impulso interno; por algo que en su alma debió ser lo que el hambre y la sed en nuestros cuerpos, Luján Pérez no dió paz al cincel en su vida dilatada, más laboriosa que larga. Todo se lo debió a sí. No consta que la cultura extendiera los horizontes de su talento, ni el estudio ensanchara los medios de la ejecución. El tecnicismo de su arte surgió de los senos de su nimen con el mismo vigor y espontaneidad que, del punto centelleante de la idea, escapa el rayo de luz de la palabra. No tuvo modelos ni preceptores. Si algo determinó su acción, hay que buscarlo en la estatuaría que encontró aquí, sin filiación conocida, sin escuela determinada, amalgama monstruosa, que comenzaba por borrar la forma en el disparate de lo extravagante y concluía por extinguir la expresión en las contracciones de lo inverosímil... Antes de Luján Pérez, en punto a artes plásticas, nada teníamos; después de él, nada hemos hecho. Cuanto de la escultura narran nuestros anales, va del Guíni-

guada al Guadalquivir, sin aureolas de maestros ni estelas de discípulos, con su solo nombre resellado con aquella individualidad sobresaliente, que si bien le privó de la fortuna de ser imitador, le recompensó con la gloria de ser inimitable.

El Cristo de Luján Pérez, inestimable joya, es la obra artística de más empuje y brío que atesora el Archipiélago. Si en tal o cual condición técnica puede igualarle, superarle tal vez, otra producción del mismo asunto... en la magnitud y verdad de la concepción; en la energía y delicadeza del pensamiento; en el arrebatado y constancia del entusiasmo y calor estéticos, ni reconoce rival, ni pueden mal pararle comparación y paralelos. Vió el genio de Luján lo que sólo al genio es dable ver; escandeció su alma tan voraz incendio, que hasta la identificación se compenetró con la idea; y tan alto batió sus alas, que al invocar la materia, acudió ésta solícita y dócil y en cuanto en lo humano es posible, prestó forma real, perfecta y verdadera a todo el orden teológico que compendia el Misterio de la Redención.

Es el asunto magno, difícil, y digámoslo de una vez, imposible como ninguno. La luminosa niebla del mundo sobrenatural deslumbra hasta cegar los ojos del artista. La sombra de la Divinidad es impenetrable; sujeta, abisma y detiene el pensamiento. Sólo el corazón, con la ciencia de amor, a trechos y débilmente, provoca rompimientos de luz en la enmarañada y oscura senda. El estudio atento y macizo de la naturaleza, a la corta o a la larga, logra esculpir el cadáver del hombre y contar en la muerte, el accidente de la vida. Pero la historia de la crucifixión de Cristo, ni se dibuja, ni se cincela por los medios vulgares del conocimiento, ni con los recursos mezquinos de la finitud. Sirven al arte las enseñanzas de la realidad: por ahí advienen todas las expresiones. Pero si, sobre el Crucifijo no se proyecta el resplandor de Dios, como brotado de su propia esencia; si hasta nosotros no llega esa infinita claridad, la obra realizada nos dará el suplicio, agonía y muerte de un hombre; nunca, jamás, la consumación del martirio de Cristo, que es Dios.

Cuanto cincelara trataron el tema tropezaron siempre en fatales escollos. Unos, por el exceso de expresión, pecaron contra la belleza; otros, por abigarrado prurito estético, faltaron gravemente a la índole del asunto. Luján Pérez sostiene donosamente el equilibrio: es sobrio, reflexivo y vigoroso. La anatomía de su Cristo, con su pureza de líneas y santidad de formas, secunda de modo admirable su casi miraculosa intuición. Ni los dolores cruentos del sacrificio horrible; ni las agonías tormentosas de la muerte, permitieron al escultor canario velar ni desfigurar la infinita belleza en aquella Humanidad Sacratísima. Mueve los músculos del Cristo, más que la contracción del martirio de la carne, los deliquios y extenuaciones de un amor infinito, infinitamente sacrificado. Pudo el pueblo judío desconjuntar los hue-

ros y rasgar la carne de su Dios I mas al arte verdadero y aminentemente cristiano, jamás le será lícito ejercer de verdugo, disimulando las perfecciones resplandecientes de Aquél que es prototipo y ejemplar de todas las perfecciones. Así lo estimó Luján Pérez; así tuvo alientos para expresarlo. Muy parco fué en llagas de pies y manos; no prodigó el rojo y cubrió, previsor y piadoso, las huellas de cilicios y disciplinas. Sobre el cuerpo admirablemente ejecutado, que abandona la muerte a celestial reposo, discurre un hilo de escarlata brotando de la herida junto al corazón, que viene a perderse en el sudario. Esta senalización de expresión es de un efecto prodigioso. La efusión sanguínea tiene vida y extraordinaria fuerza reveladora. Realízase el fin artístico, por el contraste discretamente marcado. Llegase al valor de la sangre, por la sublimidad del cuerpo que la vierte. La herida del costado lo dice todo...

En las costillas y espacios intercostales nótase la labor de pulimento, el trabajo anatómico, correcto y escrupuloso, describiendo huesos y señalando cartílagos: trabajo que se completa a maravilla con la ejecución de los músculos torácicos y pectorales, llevados tan al detalle, que casi precisa las inserciones y permite adivinar la dilaceración de los tejidos. Juzgamos en este fragmento el mérito más extraordinario del Cristo, no ya por lo que a la parte técnica atañe, que es acabadísima, sino por la valentía, serenidad y soberano impulso con que se reducen todas las dificultades, surgiendo la idea fresca, natural, espontánea, beata y santificadora.

Las extremidades inferiores completan, con las superiores, el grandioso conjunto. Perspectiva, proporciones, disección, si así nos fuera permitido decirlo, del dermofo esqueleto y del sistema muscular, indicando con cautela los puntos en que el autor quiso y alcanzó felizmente reforzar la expresión, lógica y ordenadamente, sin violencias ni exageraciones, actitudes severas y gallardísimas, magestad y gracia en las curvas, genialidad y vigor en las rectas: condensación pasmosa de los elementos analíticos, en unidad harmónica y espléndida, revélanse, en holgadas y fluidas, en esta parte de la composición.

Nosotros entendemos, tal vez con aparente inconsecuencia, que mientras en las artes acísticas, se impone a la crítica el procedimiento inductivo, cuadra mejor a las plásticas, el procedimiento sintético. La escultura ha de aquilatarse, en la resultancia general, trabando el primer eslabón del racio

cinio en la impresión inmediata, que aquí, más que en ninguna otra arte, es siempre decisiva. El sentido de la vista mal auxilia a los grandes conjuntos ópticos. El escultor tiene una acción limitadísima, porque no puede multiplicar los medios de expresión por indefinido número de figuras. Lo que en extensión pierde, lo gana en intensidad. Y las grandes intensidades se deslustran y desmejoran, cuando no se extinguen y desaparecen, por un análisis impertinente que con frecuencia extravía el camino en su retorno a la síntesis.

Como en todas las producciones del genio, en esta de Luján Pérez existe una parte que pudiéramos llamar recopilativa de motivos. Esta parte la constituyen el cráneo y rostro. La gloria inacabable, inmortal, por condensar todos esos elementos se debe en este Cristo nuestro, a la espiritualidad exquisita de su cara inefable, al poder mágico de su semblante deféico, al respeto profundo con que la muerte reverente pasa sin tocar aquella frente nobilísima, al declinar humilde y lleno de magestad de aquel cuello sabiamente cincelado, a la lánguida y dulcísima expresión de aquellos ojos cerrados, cuyos párpados cayeron, más que al cesamiento de la vida, al blando sueño de amor. No lo dudamos. Otros habrán logrado sublimar a las cumbres del arte cuanto de estético existe en el cadáver del hombre. Donde Luján Pérez ha llevado la expresión de la muerte de Cristo, ahí, desengañémonos, han llegado muy pocos.

¡Lástima grande que este Cristo no tenga su leyenda como el Cristo de la Vega, y su renombre como el Cristo de Montañéz! Lástima grande que estas Afortunadas, conocidas por genios insignes que se nombran Cairasco, Iriarte, Galdós, no lo sea también por otro, tal vez de todos el máspreciado, que se nombra Luján Pérez. El cultivo de las Bellas Artes en Canarias ha preterido malamente su mejor ejecutoria, ocultando a la noticia de los extraños la que más realza el propio patrimonio. Mas día llegará en que subiendo la justicia a lo alto del Tabor, transfigure, con resplandor eterno y aureola inmortal, la celebridad oscurecida del escultor canario y entonces generaciones sonrojadas por nuestras ingratitudes, piadosas y devotas ante el Cristo de la Sala Capitular, digan como el Apóstol ante la Divinidad:—«Bueno es que nos estemos aquí».

JOSE ROMERO QUEVEDO

(De «EL MUSEO CANARIO», 1901).

Las Campanas DE LA CATEDRAL

(Muy canario y muy literario)

Homenaje a FRAY LESCO

Son cuatro, como los puntos cardinales. También están orientadas a los cuatro vientos. Ignoro sus nombres —iqué poca curiosidad!— A falta de ellos, los matricularemos en el cuadrante.

Para mí, pues, las cuatro campanas son

anónimas—¿qué importa?—. Las conozco por la voz desde la infancia, y basta. Antes de aprender a hablar, ya me hablaban ellas y yo las escuchaba. Y las entendía. Me despertaba cada una un sentimiento distinto, individual. Ahora, ya viejo, me hieren el co-

razón como antaño. Ellas no envejecen, son siempre las mismas, y al oír las, tan puras, tan puntuales, tan fieles, marcando las horas solemnes del día y de la noche, con idéntico timbre, me surge la ilusión de que el tiempo no ha fluído y me sumerjo en niñez.

Oigámoslas, una a una; luego, todas juntas: —LA DEL PONIENTE, es la Señora Mayor, la grave, el bordón de la torre. Le place hablar sola, con lentitud. Ella es la que modula el salmo del alba. Si alguna vez el campanero se duerme y deja de tocarla a las cuatro de la mañana, antes de que el sol saltee el horizonte, el día parece manco. El amanecer pierde la mitad de su poesía. Sus treinta y tres tañidos (los años de la vida de Cristo), admirablemente acompasados, derraman sobre la ciudad una unción religiosa, majestuosamente augural. El templo todavía dormido, difunde a esa hora su más elocuente sursum corda. El día queda consagrado, y la vida empieza a bullir con una nueva esperanza—¡Por Dios, que no se duerma nunca el campanero! También la Señora Mayor oficia su pontifical a las doce y a la hora de las Oraciones, al descender de la noche, y se encarga de poner el punto final en los demás toques rituales.

La campana que mejor simpatiza con la Mayor, es la más pequeña, LA DEL NA-CIENTE, lengua melancólica suplicante. Era la campana que anunciaba los incendios al vecindario. La primera providencia, cuando ardía una casa, era avisar al campanero de la Catedral. El campanero atalayaba desde la torre las vicisitudes del incendio, y pulsaba la campana melancólica más o menos frenéticamente, según el fuego, o aumentaba, o disminuía. La elocuencia angustiada de la campana cumplía maravillosamente el deber de alarmar y conmover al vecindario, cuando los incendios eran sinceros y el vecindario era capaz de conmoverse sinceramente.

La CAMPANA DEL SUR es voz de juventud, de sano y aterciopelado timbre. No es cantante, como las otras dos, y su oficio parece ser el de alternar con ellas, como intermediaria entre la gravedad de la una y la languidez de la otra.

Queda LA DEL NORTE, ligera como las

brisas, que corta el aire como un cristal. La han condenado a silencio—¿por qué?—. No liga, por lo visto, con las compañeras, y no tiene tampoco temple adecuado para cantar sola. Por las noches, después del toque de Oraciones y al de Laudes (supervivencia de antiguas horas canónicas) la campana solitaria alterna furtivamente con las demás, alterando el acostumbrado acorde.

Se me olvidaba el argentino ESQUILON, señero en la bóveda de la cúpula, el parlanchín del campanario, el que deletrea los toques de Coro. Tiene un papel muy importante en el repique: —En el preludeo del repique, su vocecilla es como una invitación a las campanas mayores para que se apresten. Las campanas contestan una a una, pausadamente. Su misión ha terminado. Empieza el repique, pianísimo, y se va desarrollando en crescendo con rápidos arpeggios de las tres campanas fundamentales. Apurado el crescendo, un fugaz silencio paraliza, en seco, el allegro. Y el repique se realiza en seguida, tejiendo una melodía voluptuosa, con andamento maestoso. Vuelta al allegro y... punto final con un solo golpe de la Mayor. El repique es un período musical completo, de sobria elegancia. Saintz-Saenz le fantaseó en el pentagrama dándole con ello una especie de ejecutoria artística.

Cuando la torre del Norte lanza a los vientos los tres repiques rituales en las fiestas mayores, parece que suena en los espíritus la hora de la huelga. En el salón de estudios de mi antiguo colegio, el repique de la Catedral producía automáticamente una huelga de brazos caídos, libros cerrados y espíritus ausentes. En vano se exaltaba la voz del inspector amonestando al trabajo. Era un esfuerzo insincero el suyo contagiado también de la fatalidad retonzona y triunfante.

Pensaba prolongar estas impresiones. Pero a esta hora oigo el PRELUDIO del repique de vísperas de la Epifanía, y siento que también se me ausenta el espíritu. Se me escapa a la infancia. No puedo acabar el artículo

FRAY LESCO.

1931.—Las Palmas.

FIN

Tip. "FALANGE"
Venegas, 66.—LAS PALMAS.

Escritora Norteamericana

AL DESPEDIRSE DE LAS PALMAS

desde el "HOTEL ATLANTIC"

AUTOGRAFO.—ESTA MAÑANA HE VISTO EL AMANECER.—DESDE EL VENTANAL DE MI CAMARA, QUE DA SOBRE LA TERRAZA, VI LEVANTARSE EL SOL SOBRE LAS AGUAS COMO UNA MONEDA DE ORO, COMO UN «AGUILA DE ORO» DE MI NORTE AMERICA.—AGUAS DE ZAFIRO DEL MAR CANARIO, SINCERAMENTE AZULES COMO EL OPTIMISMO.

DE PRONTO, EN EL HORIZONTE SE DIBUJA UNA GAVIOTA BLANCA.—SE ACERCA A LAS PALMAS Y PENETRA EN EL PUERTO... ERA EL «STELLA POLARIS», QUE VENIA A LLEVARME.—DE MIS OJOS, RESBALO UNA LAGRIMA...

NO SUPE QUE HACER.—SUBI AL BUQUE.—DE LAS FLORES DEL RAMO CON QUE ME OBSEQUIARON LA NOCHE ANTERIOR, CORTE UNA ROSA... LE DI UN BESO, EN EL QUE PUSE TODO MI CORAZON, Y... LA ARROJE AL MAR, PARA QUE QUEDARA EN CANARIAS...

IHASTA NUEVA YORKI—IHASTA SIEMPRE!

GENOV. W. MASON

Propagandista de "El Libro de los Poetas".

TRIBUNAL DE LA ROTA

MADRID

11 Oct. 1919

Sr. D. Juan DIAZ QUEVEDO

Querido Juan:

¡Preciosa, hermosa Conferencia la que me dedicas!
La he leído con verdadero deleite.

Pero permíteme que te reprenda como antiguo maestro. ¿Cómo te metes a "Lector" tú, que tienes excepcionales condiciones de "Orador"? Lee el que no puede hablar; pero el que puede y sabe hablar, no debe leer. Porque "leer" es hablar con un papel delante, hablar con apuntador. Y, para los buenos oradores como Díaz Quevedo, el apuntador está de más.

Un buen orador, con el papel delante, pierde libertad y mata la inspiración del momento. Aun diciendo lo mismo que tiene escrito, lo dice de otra manera: con más fuego, con más espontaneidad... Un rival de Demóstenes leía en una asamblea un discurso del gran orador. El público se desbordó en aplausos; y el lector, ocultando su rabia, no pudo ahogar en su pecho esta exclamación: "¡Qué sería, si le hubiéseis oído hablar!"

Habla, Juan; habla y no dejes de cultivar la oratoria para la que has nacido. Pero cultiva, con preferencia, la Oratoria Sagrada, porque atravesamos una honda crisis social y el mundo, la civilización, sólo puede salvarse por la palabra de Cristo, que es Luz y Vida.

Te abraza tu antiguo maestro

LUIS CALPENA



los requerimientos de los fieles. Con puntualidad asombrosa llegaba al templo; a veces, cubierto aún del polvo del camino. Recogíase un punto en la sacristía, leía sus apuntes, y con esa leve preparación bastaba. La obra de elocuencia surgía íntegra, serena, perfecta. Ni un minuto más, ni un minuto menos de lo conveniente. El padre Calpena me dijo no há mucho:

—El predicador ha de pedir al Espíritu Santo, inspiración y, además, un reloj. Porque si abrevia en demasía, los oyentes si se dilata táchanle de pesado.

La gracia dicente, el buen arte retórico, la pureza del léxico, la imaginación cálida, matizaban las oraciones del Padre Calpena. Era fecundísimo sin incurrir en bajeza; elegante sin afectación; claro sin vulgaridad; siempre elevado, y magnífico en las ocasiones. Fuente de linfas dulces, frescas y perfumadas... Su único defecto fué la abundancia.

La desaparición de Calpena corresponde a esta sentencia de muerte que sufrimos. Los altos pinos se vienen abajo. Los tomillos se pavonean en el triunfo, por el que convierten los milímetros en metros... Se acerca la hora en que un tartamudo imbécil se hará llamar Demóstenes.

J. ORTEGA MUNILLA.

A B C, en su
óbito, 7-1-21.

HOMENAJE

El Padre CALPENA

La muerte del padre Calpena pondrá, en muchos ánimos, dolor. Porque este sacerdote había derramado el bien y había vivido en la sonrisa inocente de los grandes artistas, sin que jamás le perturbaran odios ni codicias. Nació con el don de la palabra. Era maestro de la elocuencia, antes de ser mozo. A los quince años de edad predicaba, y no ha interrumpido su labor hasta que la dolencia le postró en el martirio. Acaso sea el orador español que ha pronunciado mayor número de discursos. En el año de 1905 dijo 143 sermones.

Viajaba sin descanso para atender a

HORA DE PROPAGANDA CATOLICA

LIMOSNA

para el

"BANCO DE LOS POBRES"

